4409

EL TEATRO MODERNO

50 CTS

J. Tellez Moreno

La estrella de Don Pepito

Gago XXIX

10

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/laestrelladedonp540tell

EL TEATRO MODERNO
Director: LUIS URIARTE

José Téllez Moreno

LA ESTRELLA DE DON PEPITO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Se estrenó en el Teatro Lara, de Madrid, el 6 de marzo de 1929

PRENSA MODERNA
MADRID

AÑO V 23-III-1929 NÚM. 187

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Estrella Reyes...	*Carmen Díaz.*
Filomena...	*Micaela Castejón.*
Don Pepito...	*Antonio Vico.*
Don Sifón...	*Ricardo Simó-Raso.*
Juanito Ele...	*Vicente Ariño.*
Polo...	*Miguel Pozanco.*
Matías...	*Manuel M. Galeano.*
Samuel...	*Manuel Nogales.*
César...	*Rafael Ibáñez.*
Nueve socios...	*Ramón Camarero, Luis Camarero, José V. Babiera, Manuel Díaz, J. A. Olalla, Angel Alarcón, Fidel Gazal, Antonio Garay, Santiago Rodríguez.*

Izquierda y derecha, las del actor.

DEDICATORIA

Por ser fundamental entre mis vocaciones la de escribir para el teatro, mi primera salida me ha producido una emoción que bien puedo tener por esencial entre las emociones gratas de mi vida. La considero inmarcesible; pero más grande aún, con raíces más hondas, la gratitud que siento por Carmen Díaz, mi excepcional madrina, a quien dedico, porque lo aprecio lo mejor de mis horas presentes, lo que más amo hoy: esta comedia, cuyo estreno ha sido, gracias a la bondad sevillanísima—generosa y alegre—de Carmen Díaz, la coronación feliz de mis ilusiones.

ACTO PRIMERO

Epoca actual. Espacioso salón de un piso alto de Madrid. Terraza pequeña al foro, desde la que se contempla a distancia una preciosa vista. Puertas abiertas en ambas laterales. Mesas, divanes y sillas. Todo es confortable. Dos o más tapices, con la siguiente inscripción: "La Peña Ideal". Atardecer de otoño.

(Está en escena Juanito Ele, y entra, a poco, Samuel, camarero uniformado a capricho, pero correctamente. Juanito Ele, como los demás socios de la Peña, pertenece a lo que, por su posición opulenta, la gente denomina aristocracia; también como sus compañeros de tertulia, a excepción de don Sifón, es hombre que puede tener los años que guste, entre los veinticinco y

los cuarenta. Es miope, sin usar lentes, y su desconfianza corre pareja con su miopía. Juanito Ele se halla junto a una mesa entre la terraza y el salón. Se esfuerza en distinguir un punto distante de la calle, y, al fin, saca un pañuelo y lo sacude, como si pidiese la oreja. Entra en esto Samuel (lateral derecha), sin ser advertido. Llega a servirle a Juanito algo que le pidiese antes de salir a escena. El actor puede pedir lo que le agrade y le consienta el bolsillo. Samuel, antes de servir, contempla regocijado a Juanito Ele, que insistirá en pedir la oreja.)

SAMU. (*Sirviendo.*) ¿Es que se resiste el presidente?

JUANI. Hola. (*Se guarda el pañuelo.*) Esta señora es inmoral. ¿No crees tú, Samuel, que el desdén es una inmoralidad?

SAMU. Cuando el señorito lo dice...

JUANI. Es claro... (*Bebe Juanito Ele, y Samuel, prudentemente, se asoma a la ventana.*)

SAMU. Oiga, señorito: ¿a qué señora le hacía usted señas?

JUANI. Soy constante esta vez. Le hacía señas a la misma: a la de ayer, a la de hace unos días, a ese milagro de señora que tenemos por vecina ¡Mira qué agilidad de movimientos cuando echa la cabeza para un lado! ¡Es un milagro!

SAMU. Pues no pierda detalle de lo que hace ahora ¡Pronto!, señorito, póngase el ojo bueno... ¡Vamos!... (*Juanito Ele, con toda rapidez se coloca el monóculo, mira y se levanta horrorizado.*)

JUANI. ¡La mona!

SAMU. (*Conteniendo la risa.*) ¡Qué agilidad de movimiento!

JUANI. La mona se ha asomado por ti, y si tu conducta fuese más discreta no ocurrirían estas cosas. (*Vuelve a su asiento.*)

SAMU. Perdone el señorito... ¿Desea algo más?

JUANI. ¡No!... Sí... ¿Qué pasa hoy? ¿Por qué estoy solo? ¿No ha venido nadie?

SAMU. Señorito... ¿quiere usted permitirme una confianza?

JUANI. ¡Qué será cuando tomas precauciones! Porque más confianza que os tomáis desde el conserje hasta el botones no es posible.

SAMU. Le sobra razón al señorito. Todos ustedes serán la flor y nata de la buena sociedad; pero a campechanos no les gana nadie. Hasta don Pepito, que ya es menos que uno—pongo por caso—, aunque continúe siendo uno de los trece socios de la Peña...

JUANI. Bueno, bueno; entras en terreno vedado para ti. ¿Qué deseabas?

SAMU. Es verdad... Señorito, ¿a qué bello sexo pertenece el invitado de hoy?

JUANI. Hombre, si perteneciese al bello sexo sería mujer.

SAMU. ¿Y no lo es?

JUANI. ¿A ti qué te importa?

SAMU. ¡Ay!, señorito; es que daría algo por que entrase en esta casa una mujer. Ustedes, como las ven en muchos sitios, no se dan cuenta de que el que está encerrado aquí durante todo el día...

JUANI. (*Interrumpiendo.*) ¡Bah! Aún no me has dicho si ha venido alguien.

SAMU. Hay varios señoritos en el billar.

JUANI. ¿Y don Pepito?

SAMU. Aquí llega. (*Entra don Pepito visiblemente cansado. Viste bien, pero ropa usada. Es elegante por naturaleza y desenvuelto en todas sus cosas. De carácter sencillo, rayano en la humildad, sin que esto implique timidez. Su principal cuidado es el de resultar agradable.*)

JUANI. (*A don Pepito, levantándose.*) Chico, acabo de nombrarte.

D. PEPI. Vengo un poco tarde. ¿Necesitabas algo de mí?

SAMU. Don Pepito, a usted le pasa algo.

JUANI. Y tiene razón Samuel. ¿Te sientes mal?

D. PEPI. Fuerte como un roble. Lo que ocurre es que he subido a toda prisa los ciento veinte tramos de la escalera.

JUANI. ¿Y el ascensor?

D. PEPI. No funcionaba.

SAMU. ¡Me lo temía!

JUANI. Pues yo he subido no hace mucho...

SAMU. Y funcionaba el ascensor, señorito. Al ascensor no le pasa nada. Lo que ocurre es que el portero tiene orden de Matías el conserje... ¿Me autorizan los señoritos?

JUANI. ¿No ves que te escucho?

D. PEPI. ¡Qué preocupaciones!

SAMU. Vale la pena, don Pepito. Y a usted le consta Matías no le traga a usted.

D. PEPI. ¡Ja, ja, ja! ¡Pobre hombre!

JUANI. Habla, Samuel; habla tú.

SAMU. Matías no traga a don Pepito y todo se le vuelve ponerle inconvenientes. Al único que se le niega algo aquí es a don Pepito. Raro es el día que no le hace alguna perrería.

JUANI. ¿Y lo consientes tú? ¡Es intolerable!

SAMU. Matías ve que algunos señores socios tratan a don Pepito como a quien vive de prestado... y...

JUANI. ¡Es sencillamente intolerable! Tan socio de la Peña eres tú como los demás. ¿Quién es él para distinguir o enterarse de si hay uno que aporta o no su dinero? ¡Estaría bueno que los criados se olvidasen también de lo que has sido y eres: ¡y eres!; ¡sobre todo, para ellos!

D. PEPI. ¿Pero por qué no hablamos de otra cosa? Es absurdo todo esto. Lo sabrás todo. Ahora, si te parece bien, deja que Samuel me sirva algo. Me he levantado hace poco y aún no he tomado nada.

SAMU. Un ponchecito, ¿no?

JUANI. ¿Te basta con eso?

D. PEPI. A esta hora siempre tomo lo mismo.

SAMU. Y no es poco. Ya me lo prepararán a mi gusto, porque si está Matías delante no digo que es para don Pepito. ¡Si lo dijera...!

D. PEPI. ¡Samuel!...

SAMU. Volando, señorito. (*Mutis.*)

JUANI. Cuéntame. Aguarda. (*Mira con el monóculo hacia la calle y sufre otra desilusión.*) ¡La mona todavía!

D. PEPI. ¿Qué dices?

JUANI. Nada. Cuéntame: ¿por qué te odia ese tirano de Matías?

D. PEPI. Te ha contagiado el camarero. No creo que Matías me odie, porque no hay motivo para ello. Lo que pasa es que Matías quisiera que yo me casase con su hija. (*Ríen.*)

JUANI. ¿No hablas en broma?

D. PEPI. No, chico; Matías tiene su plan..., y una hija...

JUANI. Fea como un diablo y tonta como un ángel.

D. PEPI. El pobre se siente viejo, no tiene más familia que su hija y desearía dejarla colocada. Me habló con medias palabras del asunto y dándome a entender que hacía mi suerte..., que sus ahorros podrían ser míos...

JUANI. (*Riendo.*) ¡Fantástico!... ¿Y qué le respondiste?

D. PEPI. He procurado disuadirle de su idea. Le expuse claramente mi situación; no le oculté que no soy nadie; que no me quedan ánimos para nada serio; que no tengo dónde caerme muerto... En resumen: que le di calabazas. Pero lamenté y lamento no poder aceptar lo que me proponía, porque nadie pordiosea caprichosamente.

JUANI. Chico, yo pordioseo amor, al parecer, a todas las mujeres y siempre es por capricho.

D. PEPI. Es que tu temperamento es... extraordinario. (*Llega el camarero, Samuel, que servirá a don Pepito. Entra Polo, otro socio de la Peña. Es ingenuo y vivaracho. Llega dando muestras de alegría e intrigando a los de escena.*)

POLO. ¡Bravo, chicos, bravo!

D. PEPI. (*Por lo que toma.*) ¿Gustas, Polo?

POLO. Ya era hora de que la Peña hiciese algo que no sea lo corriente. ¡Bravo! Me gusta. Los hombres, aunque seamos invariablemente trece, que ya es un numerito de espectáculo, somos aburridísimos. ¡Hombres solos! ¡Qué estupidez! ¡Estoy que brinco! ¡Hemos derivado hacia la gloria! ¡Bravo!

JUANI. (*De pie.*) Oye, Polo, explícate.

POLO. ¿No lo he dicho? ¿No habéis entendido que mi

entusiasmo es porque hoy viene invitada Estrella Reyes? (*Se emociona Samuel.*)

JUANI. (*Sentándose.*) ¿Es eso?

SAMU. Señorito Polo..., ¿se trata de una mujer?

POLO. Sí.

SAMU. (*Yéndose como enloquecido.*) ¡Por fin! ¡Dios me ha oído!

POLO. ¡Atiza! Se ha ido el camarero.

D. PEPI. (*Levantándose.*) ¿Qué deseabas?

POLO. Nada, chico; se le llama y asunto concluído. (*Sentándose a la par que Pepito.*) Lo que quiero es saber...

D. PEPI. (*Por el que ocupa.*) ¿Prefieres este sitio?

POLO. Estás bien. Quiero que me contéis...

JUANI. Antes tenemos que reñirte. Eres el primero y el único que has faltado a la Peña, y no un día cualquiera, sino cuatro seguidos. ¡Qué seriedad! Ayer, sin ir más lejos, acordamos cenar aquí, y para que la mesa estuviera con los trece tuvimos que sentar en tu sitio a un camarero.

POLO. Pero os sentasteis trece, que era lo obligado. Ahora, escúchame...

JUANI. ¡No quiero!

POLO. Es indispensable. Quiero que sepáis que he tenido que hacer.

JUANI. ¡Inaudito! ¿Pero quién de nosotros se ocupa en algo? ¿No convencimos a don Sifón, que era el único que tenía casa de Banca, para que se desentendiese de ella, a fin de que se pareciera a nosotros?

POLO. Lo que yo he tenido que hacer no es censurable.

JUANI. ¿Has hecho de caballo en las carreras? (*Ríe don Pepito.*)

POLO. ¡Te pones insufrible!

D. PEPI. Vamos, vamos, disgustarse es de bobos.

JUANI. Dices bien. (*Se separa del grupo, yéndose a la terraza a curiosear con el monóculo.*)

POLO. Pepito, si yo no me enfado. Pero verás. ¿Tú quieres escucharme?

D. PEPI. Boquiabierto, si es tu gusto.

POLO. Gracias. Se trata de que mi cuñado, el conde de

la Sombra, me ha regalado un potro jerezano que es un cromo, y yo me he puesto a educarle para silla inmediatamente. Todos estos días he estado con él, dándole paseos de horas enteras.

D. PEPI. ¿Pero tú has montado alguna vez?

POLO. Me lo educa un profesor; ahora, que, con objeto de observarle, he ido detrás, muchas veces trotando como el potro.

D. PEPI. (*A Juanito, que se acerca.*) Juanito, Polo justifica su ausencia.

JUANI. Para justificarse ante ti no hace falta mucho. (*Por unos murmullos que se producen dentro y acercándose.*) ¿Qué pasa? (*Entran, lateral derecha, cinco socios, con sendos palos de billar. Aparecen atropelladamente. Todos son de genio alegre. Llegan diciendo.*)

SOC. 1.° ¿Dónde ha caído esa Estrella?

D. PEPI. ¿Qué os sucede? (*Todos de pie.*)

SOC. 1.° ¡Cómo! ¿No ha venido Estrella Reyes?

D. PEPI. ¿Quién os lo ha dicho? No es la hora.

OTROS. (*Enfadados.*) ¡Pues tiene gracia!

SOC. 2.° (*Enfadado.*) ¡Y nos han interrumpido en lo mejor de la partida! (*Samuel ha entrado frotándose las manos de gusto y se acerca a don Pepito.*) Vamos a seguir...

SAMU. Señorito, ¿es que no viene ya la señorita?

D. PEPI. Sí, hombre.

SOC. 3.° Polo, ¿quieres presenciar una partida interesante?

SOC. 2.° ¡Ah! Debes cuatro convites por los días que has faltado.

POLO. Ya os diré. Tengo un potro...

JUANI. Ya tiene horma para el calzado. (*Riendo y alocados hacen mutis los cinco socios de los tacos. Cogen por delante a Samuel, empujándole y poniendo en peligro el servicio que lleva hasta desaparecer. Entran, lateral izquierda, otros dos socios, que son, respecto a genio, la oposición de los cinco anteriores. Ríen, hablan y accionan de modo lamentable. Procuran siempre estar*

juntos. Entran cuchicheando y desaparecen lo mismo por la lateral derecha. Saludan a los de escena con algo que quiere ser una sonrisa y con la frase.)

SOCIOS. ¡Dios con todos!

JUANI. (*Respondiendo.*) Dios los cría.

POLO. Chicos, sentarse aquí.

SOC. 4.º (*Sin detenerse.*) Venimos desafiados.

D. PEPI. ¿A llorar? (*Ríen Polo y don Juanito.*)

SOC. 4.º A ver a quién le sale antes un solitario...

SOC. 5.º ...Que no es lo mismo. (*Desaparecen.*)

POLO. Bueno, Pepito. Antes de que llegue Estrella Reyes necesito saber a qué se debe...

JUANI. Pues a una chifladura de don Sifón.

POLO. ¿Viene por don Sifón? Tú has de saberlo; tú eres el único que acompañas a don Sifón cuando la visita en su camerino. ¡Quién sabe si es porque vas con él por lo que don Sifón reniega de ti!

D. PEPI. El es quien me lleva; te confieso que no iría ni solo ni acompañado.

POLO. ¿No es simpática?

D. PEPI. Más de lo imaginable, y de una inteligencia seductora; franca, cordial, alegre, siempre alegre... Es de esas mujeres que abren los ojos y logran que uno cambie de ideas. Sin embargo, yo no iría a su camerino. No es sitio para nada; sobre todo, no hay posibilidad de hacer amistad con nadie, y menos con ella. Yo la habré saludado mis buenas ocho o diez veces, y siempre como si fuese la primera.

POLO. ¿Don Sifón también?

D. PEPI. Don Sifón es un antiguo amigo de ella.

POLO. ¿Nada más?

D. PEPI. Nada más.

POLO. Pues él... hasta se casaría.

D. PEPI. Le ha dado fuerte, es cierto, y ella lo distingue.

POLO. Prueba es que viene aquí por él.

D. PEPI. Tanto como por él... Estaba yo delante cuando a don Sifón le dió por elogiar nuestro Casino, y

Estrella, interesada, expuso su deseo de conocerlo.

POLO. ¡Ah! No es igual. Oye, ¿y qué ha sido de ella en los años que ha estado ausente de España?

D. PEPI. Sé, poco más o menos, lo que tú: que se fué, siendo aún una chiquilla, y que ha vuelto a los diez años hecha una actriz excepcional.

POLO. ¡Lo es! ¡Viva Estrella Reyes!

JUANI. (*Volviendo de la terraza donde anteriormente se fué.*) ¡Francamente inmoral! ¡Es irritante!

D. PEPI. (*Súbitamente de pie, como Polo.*) Juanito, ¿qué te ocurre?

JUANI. ¡Esa señora, que ni asoma la cara!

POLO. ¿Qué señora?

JUANI. No es cuenta vuestra. A ver, ¿quién de vosotros quiere ganarme algún dinero?

D. PEPI. Yo... (*Hace notar que no tiene.*)

POLO. ¿Por qué no? (*Dándole un billete.*) Toma y disponte a que entre tú y yo dejemos a Juanito sin un céntimo. ¡Retos a mí!

JUANI. A ti... Bueno, Polo; pero déjame dinero, que no he traído.

POLO. (*Le da dinero. A Pepito.*) Hay que dejarle sin un céntimo.

D. PEPI. Probemos. (*Cuchicheando, inician el mutis por lateral derecha. Al mismo tiempo, por lateral izquierda, aparece Matías, conserje del Casino. Es un señor de edad, áspero cuando se le lleva la contraria y suave mientras cree o aspira a vencer.*)

MATI. (*Llamando.*) Don Pepito... ¿Me hace el favor?

D. PEPI. (*A sus amigos, que desaparecen.*) Ahora voy... Hola, Matías. ¿Qué hay?

MATI. Señorito... Tenemos que hablar.

D. PEPI. ¿Qué le pasa? ¿Me necesita usted?

MATI. ¿Cuál será el mortal que no necesite siempre de un hombre de valía?

D. PEPI. Muchas gracias.

MATI. (*Suspirando, y como quien no le dice nada a nadie.*) ¡Pobre hija mía!

D. PEPI. Dime, ¿es largo lo que tienes que contarme?

MATI. Eso depende de usted.

D. PEPI. Entonces, aguárdame un poco, el tiempo que tarde en devolver este dinero.

MATI. *(Receloso.)* ¿El señorito... con dinero?

D. PEPI. Descansa, que no es mío. *(Hace sonar un timbre.)*

MATI. ¡Ya decía yo! Porque usted, que yo sepa, no tiene más herencias que tirar. *(Suspira.)* Es usted lo que se dice un desgraciado, y aún no es lo malo: lo peor es que se obstina en serlo.

D. PEPI. ¡Ja, ja, ja!

MATI. Y sin enmienda. ¡Qué diablo!

SAMU. *(Entrando.)* ¿Llamaban?

D. PEPI. Hazme el favor; dale este dinero al señorito Polo y dile que no me espere. *(Desaparece Samuel.)* ¿Nos sentamos, Matías?

MATI. ¿Yo, delante de un señorito? Nunca. Usted, siéntese usted, que le hará falta. ¿Se ha dormido mucho hoy?

D. PEPI. *(Sentándose.)* Poco, es verdad; me recogí muy tarde.

MATI. ¡Qué pena!... Sí, señor, me da usted pena. Estaría de jarana, como de costumbre. ¿No se hartó ya? Ahora le convendría otra vida, señorito. Oígame, don Pepito, que le hablo como un padre. Hágame caso.

D. PEPI. Matías, ¡por Dios! ¿Otra vez tu proposición absurda?

MATI. ¡Desagradecido! ¡No puedo ser piadoso con usted! A lo que venía. ¿No ha pensado usted...? ¡Cómo me duele esto, aunque usted no lo crea! *(Como antes.)* ¡Pobre hija mía!

D. PEPI. Continúa.

MATI. Sí, señor; usted lo quiere. ¿No ha pensado usted en que hoy debe ausentarse de esta casa?

D. PEPI. *(De pie.)* ¿Cómo?...

MATI. Piense...: recuerde...

D. PEPI. *(Como recordando y sentándose atribulado.)* ¡Ay, Dios mío!

MATI. ¿Ya?... Es doloroso, mucho... Yo lo deploro como usted...

D. PEPI. Bueno...; ¿pero te ha pedido algún señorito que me lo recuerdes?

MATI. No era necesario. Mi deber es velar por cuanto atañe a la Sociedad, y los estatutos de ésta exigen que en los plenos de la misma no haya más miembros que los trece que la componen. Esto, don Pepito, cuando usted era uno de tantos; uno que aportaba su dinero a la caja social, estaba previsto que se haría por sorteo y que se ausentaría aquel a quien le cayese el número uno; pero... —ya lo recuerda usted—se modificó la cláusula cuando convinieron sus amigos en que usted, arruinado, continuase como socio de la Peña, a condición de que tuviese en cuenta su estado de favor; y... hoy sobra un socio para el momento de sentarse a la mesa, y usted se debe ir, al ser posible, por propia voluntad.

D. PEPI. (*De pie e interrumpiendo.*) Matías, es la primera vez que me sucede esto. Dime, haz el favor, ¿te lo ha recordado alguien?

MATI. ¿Qué más da?

D. PEPI. Quiero, necesito saberlo, y te suplico que me respondas.

MATI. Señorito..., los señores son bonísimos, y no iban a decirme...

D. PEPI. (*Respira.*) Gracias. Me tranquilizas.

MATI. ¿Porque ha salido de mí?

D. PEPI. Naturalmente.

MATI. Es que de todos modos usted tendrá que irse.

D. PEPI. O no.

MATI. ¡Quiere usted violentarme!...

D. PEPI. (*Como si hablase solo.*) Yo..., verdaderamente..., me iría; cumpliría yéndome. Pero... no puedo... ¿Qué haría yo en otro sitio? Mi vida y mi mundo es esto: la Peña, mis amigos... ¡Matías, no me voy! ¡No puedo irme! Me he propuesto quedarme. Y me quedo. ¡No faltaba más! Me quedo y haré de camarero. Sustituiré a Samuel. ¡Me quedo!

MATI. (*Como siempre.*) ¡Pobre hija mía!

D. PEPI. ¿Accedes, eh? ¡Gracias, Matías, gracias! (*Entra*

Samuel por lateral derecha, advirtiendo la alegría de don Pepito y diciendo:)

SAMU. ¿Ha venido ya la señorita? (*Se presenta por lateral izquierda Estrella Reyes. Sorprende a todos y se detiene casi en la puerta, como gozando del asombro que ha producido. Es la mujer que retratase don Pepito.*)

ESTRE. Buenas tardes. (*Rompiendo el silencio.*) ¿No me esperaban todavía?

D. PEPI. Con ansiedad, señorita.

ESTRE. (*Mirándole un momento.*) Muy galante... ¿Socios también? (*Por Samuel y Matías.*)

SAMU. ¿Desea tomar algo la señorita?

ESTRE. ¡Ah! ¡Ja, ja, ja! Es que podrían tener los socios uniforme. Como esta Peña, según dicen, no se parece a nada... ¿Y usted? (*A Matías.*)

MATI. Soy el conserje, señorita.

ESTRE. Por muchos años, si es su gusto.

MATI. Y que usted me acompañe.

ESTRE. En la conserjería, no; muchas gracias. (*Por el sitio.*) Es muy bonito todo esto; he atravesado dos habitaciones, y lo mismo ésta que aquéllas son muy agradables.

D. PEPI. ¿Querrá usted seguir viendo...?

ESTRE. Me gustaría aguardar a que llegase don Basilio.

D. PEPI. ¿Pero...?

SAMU. Don Sifón, señorito, don Sifón. (*Matías le riñe por señas.*)

ESTRE. ¿Cómo decía el criado?

D. PEPI. Se refería, quizá, a cosas del servicio. Siéntese, Estrella. (*Samuel, adelantándose a don Pepito, le acerca a Estrella una silla.*)

ESTRE. Gracias.

SAMU. ¿Aviso a los señoritos?

ESTRE. No. (*Samuel y Matías, a regañadientes el primero, obligado por el segundo, juntos, hacen mutis.*) No quisiera que me viesen los amigos, para dejarle por lo menos la presentación de algunos a don Basilio. ¡Al buen señor se la he jugado buena!

D. PEPI. La verdad, no he preguntado por si pecaba de indiscreto; todos esperábamos que se presentase usted con don Basilio. Don Basilio se hubiese adelantado...

ESTRE. Ya: recibimiento clamoroso. No, no; me gusta más como ha pasado: sencillamente. Ahora llegará don Basilio, le pediré perdón por no haberle aguardado en casa, que es lo que convinimos, y entonces, pero sin alharacas, que me presente a los amigos...; a los otros, porque a usted ya no sería posible que viniesen a decirnos: (*Imitando una presentación.*) Don José Rincón... Estrella Reyes... ¿No es su nombre el que he dicho?

D. PEPI. El mismo, señorita; José Rincón... Es... que me ha sorprendido.

ESTRE. No suponía que yo supiese su nombre, porque cuantas veces me ha visto usted, siempre entre amigos, otras tantas que nos han presentado: Don José Rincón..., Estrella Reyes.

D. PEPI. Cierto. Y creo que nombres que se repiten tanto en presentaciones jamás se aprenden; no quedan...

ESTRE. No... quedan. Me sucede con muchos... Entre estos muchos no está el de usted. Es más..., me ponía usted nerviosa cuando llegaba con don Basilio y escogía un sitio apartado, dispuesto ya a callar mientras siguiese allí. ¿A qué vendrá este hombre?—me decía yo.

D. PEPI. Soy incapaz de mentirle. Iba porque me llevaba don Basilio.

ESTRE. ¡Ah!... Aclarado. ¿Somos amigos?

D. PEPI. Yo soy quien gana.

ESTRE. (*Emocionada.*) ¿Es usted de Madrid?

D. PEPI. Gracias a Dios.

ESTRE. ¡Ja, ja, ja! Me halaga ese... "Gracias a Dios". Oiga usted..., ¿conoció a don José Rincón, famoso en Madrid, especialmente, por su liberalidad?

D. PEPI. ¿Don José Rincón Acosta, que tenía su palacio en la calle de la Ventura?

ESTRE. (*Con alegría.*) Exacto. ¡Qué gran señor! ¡Qué nobleza la suya! Yo le apreciaba tanto, que, lejos de Madrid—en donde, también gracias a Dios, vine yo al mundo—, y hasta días antes de que muriese, mantuve con él correspondencia, dándole cuenta de todas mis andanzas. ¿Le molesta mi charla?

D. PEPI. (*Emocionado.*) Continúe usted.

ESTRE. Le conocí en Madrid, al comienzo de mi carrera artística, e intimamos tanto, que le cargaron al pobre señor el sambenito de que... de que era mi hombre bueno. A las artistas, por lo general, no nos hace la gente sin... ese hombre equivocadamente protector, como si en cada esquina hubiese un hombre de ésos, y nosotras, todas, fuésemos de una piel. No obtuve de don José Rincón otros favores que unos que no se olvidan. El me comprendió, sencillamente, y me ayudó con sus consejos a conquistar cuanto convenía a mi temperamento. ¡Dios lo tenga en la gloria!

D. PEPI. (*Conmovido.*) Era mi padre... (*La revelación alegra y emociona a Estrella. Breve pausa.*)

ESTRE. Lo mismo que pensé cuando le vi por vez primera... Yo hablaría con usted con absoluta confianza. ¿Haría usted lo mismo?

D. PEPI. No crea usted que sería hacerle un favor, porque prodigo lo que desea.

ESTRE. Yo, no.

D. PEPI. Agradecidísimo, señorita.

ESTRE. (*Después de vacilar.*) ¿Por qué viste usted así?... No es que vaya usted repugnante, ni mucho menos; pero...; francamente, su presentación no cuadra bien con su riqueza. Esta ropa... Se ve su mucho uso.

D. PEPI. No se moleste, señorita; no tengo un céntimo.

ESTRE. ¿Usted?... Calle; ¿es usted entonces a quien le llaman sus amigos "don Pepito"?

D. PEPI. A mí. Me lo llamaban siendo un niño y me he quedado con "don Pepito". Bueno, después de

todo, con "don Pepito" parece que me dicen: "¡pobre hombre!", y quizá tengan razón.

ESTRE. En ese tono de piedad me lo han nombrado siempre...

D. PEPI. ¿Quién, señorita?

ESTRE. No conozco a otro amigo común que a don Basilio.

D. PEPI. A mí, según él, me odiaba mortalmente.

ESTRE. Cuando, en realidad, lo que siente por usted es viva simpatía. Es incapaz de malquerer a un enemigo, cuando menos a quien le estima. A mí, sin ir más lejos, debiera desearme todo lo malo, y lo que hace es venerarme. Cuántas veces me ha declarado su pasión—¡ya ve usted!—, las mismas que le he dicho, muy dulcemente, cosas terribles, y como si nada. El día que le trato con algún despego lo que hace es aumentarme la ración de bombones. ¡Ja, ja, ja! Se le domina como a un chico.

D. PEPI. Perdón, Estrella; yo estoy en que don Basilio la idolatra, en... que sería su esposo.

ESTRE. (*Después de reír.*) ¡Pobre señor! Ya sé que sueña la victoria. Se ha enterado de que soy libre y sola, sin familia, y parece como que ve propicio a sus deseos esta circunstancia. Me desconoce; Pepe..., ¿le llamo así?

D. PEPI. Como usted guste.

ESTRE. No me ha guiado nunca la codicia, y Dios me libre. ¡Mi voluntad ha triunfado siempre!... ¿La de usted no?

D. PEPI. Yo no he triunfado nunca, señorita; no sé qué es eso. Hasta he vivido sin darme cuenta de ello.

ESTRE. ¿Cómo perdió usted su riqueza?

D. PEPI. Gastando, repartiendo...

ESTRE. ¿Pero cómo?

D. PEPI. Sé que he tirado mucho nada más.

ESTRE. También tiraba su padre...

D. PEPI. El lo ganaba al mismo tiempo.

ESTRE. Es verdad. ¿Y a usted... qué, a usted no le queda?...

D. PEPI. Miedo.

ESTRE. ¿Como?

D. PEPI. Deseo corresponder a su expansión... Yo me en tere de mi ruina el día que el último criado, en contrandome ya en la fonda que ahora me pa gan los amigos, me desperto para decirme: "Se norito, mi esposa ha abierto un bar y necesit irme a cuidar de él." ¡Bien! Le pregunté qu si me habia buscado sustituto, y el hombre, en tonces, expuso claramente mi situación. Do dias antes me habia dado dinero y aquel fu el último. ¿Y qué hago ahora?... Nada—me re puso—, el señorito no sabe hacer nada. ¡Bah —respondí—, y me quedé dormido. Dormir era quizás, mi ocupacion más adecuada. Ya anoche cido vine aqui como de costumbre, y un amig —don Basilio precisamente—, enterado de tod por mi propio ex criado, se me acercó emocio nadísimo y me dijo: "No te preocupes, corres d nuestra cuenta." Y me encogí de hombros. M parecía un cuento malo. Después..., ha trans currido el tiempo y he pensado a la fuerza qu vivo de limosna. ¡Hay que hacer algo!, me h dicho varias veces; pero me he preguntado ¿qué haría?... En esto llegan ellos, mis amigos y me olvido de todo. Me quieren, me alienta proclaman que nadie como yo para animar u rato de jarana, que ha sido mi obsesión, y m dan vida, porque, bullendo como ellos, creo qu no he cambiado. Sin embargo... (*Estrella, amar gada y pensativa, se levanta. Pausa.*)

ESTRE. ¿Aceptaría usted trabajo?

D. PEPI. Si me enseñan primero. (*Se levanta.*)

ESTRE. Yo puedo darle un cargo.

D. PEPI. ¿El de estorbarla? (*Ríe Estrella. Al mismo tiempo aparece Polo, ve a Estrella y vase gritando.*)

POLO. ¡Ella! ¡Chicos! ¡Chicos!... (*A poco, dentro s produce un murmullo de voces.*)

D. PEPI. Ya saben mis amigos que está usted aquí.

ESTRE. Lo siento por don Basilio. Pero bueno, ¿hablaremos nosotros de ese asuntillo?

D. PEPI. ¡Ja, ja, ja! Como usted quiera. (*Por el murmullo próximo.*) ¡La ola!

POLO. (*Asomando.*) ¡Viva Estrella Reyes.! (*Los que le siguen en tropel, que son varios socios, corean el viva.*)

ESTRE. Reconocidísima, señores. (*Todos, incluso los dos socios graves que aparecen sin perder su gravedad, pero sonrientes, avanzan a la par con objeto de saludar a Estrella; ésta los detiene diciendo:*) Una proposición... ¿Prohibimos por innecesarias las presentaciones?

TODOS. (*Cada cual en su tono.*) ¡Prohibidas!

POLO. ¡Viva el buen gusto! ¡Viva Estrella Reyes! (*El viva es coreado y ella ríe.*)

JUANI. (*Apareciendo.*) Pepito, ¿por qué no has avisado?

UNO. Ha hecho mal.

OTRO. Es un egoísta.

POLO. ¿Lo juzgamos?

ESTRE. Calma, señores; le rogué yo que no avisase. Me he presentado inesperadamente sin don Basilio y...

VARIOS. Es verdad.

JUANI. ¿Y dónde ha quedado don Sifón? (*Risas.*)

ESTRE. ¿Cómo? ¡Silencio! Ruego que aclaren ustedes qué es eso de don Sifón. Soy muy curiosa. Pepe se me zafó antes de responder.

JUANI. ¿Pepito ha dicho usted?

ESTRE. No tengo confianza para tanto: Pepe, y porque él me autoriza. Pero digan: ¿por qué le llaman don Sifón a don Basilio? (*Pepito, como apesadumbrado, se separa del grupo.*)

POLO. A Pepito, a Pepito se le debe el mote. (*Aprobación.*)

ESTRE. ¡Ja, ja, ja! Ahora me explico la enemiga de don Basilio. Oiga, Pepe, ¿por qué se aparta usted?

D. PEPI. Sin darme cuenta...

JUANI. Acércate, afortunado.

ESTRE. Cuénteme... (*Risas.*)

JUANI. ¡Chitón! Es mejor que lo vea. Apenas llegue don Basilio, uno, el que caiga a su lado, se en-

cargará de complacer a la señorita. (*Serio.*) Es mejor.

ESTRE. Perfectamente. (*Encarada con Juanito.*) Oiga usted...

JUANI. Juanito Ele, administrador de usted.

POLO. Esa segunda parte nos... (*Aprobación general.*)

ESTRE. (*Imponiendo silencio.*) Un momento, señores. Usted, Juanito Ele, tiene soliviantada a mi Lucía.

JUANI. No entiendo, señorita.

ESTRE. A mi mona. (*Risa general.*)

JUANI. (*Asombrado.*) ¿Pero es su piso?...

ESTRE. El de enfrente, sí, señor. Y bien que trate usted de seducir a Filomena—mi señora de confianza—, pero... ¡por Dios!, no me asuste a la mona. Si le gusta, pídale relaciones de otro modo; con el pañuelo, no, que mi Lucía es muy delicada. ¿Qué dirán los vecinos?

JUANI. Lo que yo: que es usted deliciosa. (*Ríe ella, murmuran los demás e interrumpe la escena don Sifón, entrando por la lateral izquierda con una caja de bombones. Es un señor de edad que se esfuerza en aparecer un pollo. Se le desatan los nervios fácilmente. Entra apresuradísimo y diciendo:*)

D. SIF. Estrellita, Estrellita...

TODOS. (*A coro, por lo que se cohibe el recién llegado.*) ¡Yaaa!

ESTRE. (*Luego de reír.*) El recibimiento ha sido para usted, mi buen amigo.

D. SIF. Son unos chicos excelentes.

JUANI. Pero reconocemos tu deslealtad para con Estrella, que ha tenido que venir sola...

ESTRE. ¡Cuidado! La falta ha sido mía, que me he anticipado.

D. SIF. Es claro; he llegado a su casa minutos antes de lo debido.

ESTRE. ¿Ven ustedes? Don... don Basilio es hombre formalísimo. Miren. (*Por los bombones.*) Hasta del obsequio diario se ha acordado. (*Murmullos.*)

D. SIF. Exacto: tus bombones. Atiende: hoy llevan envoltura azul los de la mona.

POLO. ¡Bravo! (*Se le aplaude.*)

D. SIF. Gracias, caros amigos. (*Polo aprovecha el barullo para acercarse a don Sifón, y, a la par que varios le llaman la atención a Estrella, le aprieta en el cogote, por lo que don Sifón, en una contracción nerviosa, estira los brazos y ríe que parece un chasquido, imitando la acción y la figura de un sifón. Se hará dos veces mientras ríen todos y Pepito procura quitarse del alcance del bromeado.*)

ESTRE. El mote es adecuado.

D. SIF. (*Indignado, por lo que ríen más.*) ¿Por qué no me pondrían las cosquillas en la boca?... (*A Pepito.*) ¡De todo esto tienes tú la culpa! ¡Eres despreciable!

D. PEPI. Basilio, te ruego por centésima vez...

D. SIF. ¡Repugnante!

TODOS. Esas frases...

D. SIF. ¿Qué? ¿No sabéis que la bromita me enfurece? (*Ríen.*)

ESTRE. Vaya, vaya, que no he venido a presenciar disgustos. Tenga. (*Le da un bombón y don Sifón cambia de aspecto.*) El primero, el de gracia.

SERIOS. (*Como envidiosos.*) Ya está contento.

ESTRE. Es natural. (*Reparte bombones mientras habla.*) Además de que no hay motivo para enfadarse, el mote es adecuado, es gracioso. Hasta creo que debería llamarse así y no como se llama. (*Dicho con dulzura.*) Sifón... (*Risas.*) Señores, es muy bonito. Si... fón. Nos resulta poético. Basilio, en cambio, es feo, feísimo; parece el nombre de un mozo de estación. (*Como si llamase de manera ordinaria.*) ¡Basilioooooo!... (*Risas.*)

JUANI. (*A quien le llega un bombón.*) Señorita, éste tiene envoltura azul.

ESTRE. (*Cambiándolo.*) ¡Ah! Es para la mona. (*Continuando.*) Pues sí; yo de don Basilio no me llamaría don Basilio, ni con tratamiento ni sin él.

Con tratamiento también es feo. Yo he conocido sólo otro señor con ese nombre y era arrendatario de tributos.

VARIOS. ¡Qué horror!

ESTRE. ¡Horrible! (*A don Pepito, dándole a elegir.*) Usted es el último; elija.

POLO. ¡Nada, que es el hombre de la suerte!

D. SIF. ¡No sé por qué!

ESTRE. No toque a los azules... Ese.

D. PEPI. Gracias.

ESTRE. Bueno, don Basilio...

D. SIF. Estrellita..., te ruego que me llames como te guste. (*Risas y aplausos.*)

ESTRE. Don Sifón, es poético.

POLO. ¡Viva Estrella Reyes! (*Es coreado y ríe Estrella.*)

ESTRE. (*A Polo.*) Se perece usted por los vivas. ¿Es costumbre adquirida en los banquetes patrióticos?

POLO. (*Riendo.*) Es posible.

ESTRE. ¿Usted cómo se llama?

POLO. Polo Membrive de Solera y... y la segunda parte de Juanito.

ESTRE. ¿Cómo?

JUANI. Admirador de usted.

ESTRE. ¡Ah! ¡Ja, ja, ja! ¿Y qué es usted?

POLO. Hijo de papá, ¡gran figura! No se moleste, señorita: todos somos aquí hijos de papá.

VARIOS. ¿Eh?

POLO. Hijos de nuestros respectivos papás. Hasta don Sifón; pero hace muchos años que lo perdió.

D. SIF. ¡Qué impertinencia! (*Risas.*) Estrellita, ¿has recorrido ya el Casino?

ESTRE. Aún no.

D. SIF. ¡Este Pepito! ¿No has podido enseñarle a la señorita...?

ESTRE. Me opuse yo, para que fuese usted mi guía.

D. SIF. Deliciosísima. ¿Vamos para dentro? Hay de todo...

ESTRE. Calle. Otra curiosidad.... (*La rodean.*) ¿A qué obedece que sean ustedes trece?

POLO. Cosas de Pepito.

. SIF. ¡Bah! A cualquiera se le hubiese ocurrido.

STRE. Me interesa. Pepe, diga usted. ¡Y anímese, hombre de Dios! Voy a creer que mi visita le molesta.

. SIF. Y si le molesta, que se muera.

STRE. Pepe, explíqueme.

. PEPI. Es una tontería, señorita. Fué que nos dispusimos a indignar al propietario de la casa, hombre supersticioso, porque se negaba a darnos el piso cuando éramos nueve—ios que acordamos fundar este casino—, y convinimos ampliar el número de socios hasta trece, al fin, si es cierto que el número es de mal agüero, de que un día ocurriese algo en el inmueble: que se cayera, que se incendiase... Pero, en realidad, hemos fracasado.

POLO. ¡No digas!

VARIOS. ¡No, no!

D. SIF. ¡Claro que no! Por ser los que somos, lleva el piso principal, en lo que va de año, tres inquilinos, y el segundo interior, dos.

D. PEPI. Circunstancia que aprovecha el casero para ir subiendo poco a poco la renta de los pisos. (*Ríe Estrella.*)

D. SIF. ¡Paparruchas! Veréis cómo llega la hecatombe. Enseñémosle el Casino a Estrella Reyes. Anda, Estrellita.

ESTRE. Adelante. (*A Polo, que se dispone a vitorear.*) Oiga, sin vivas. (*Riendo y rodeando a Estrella inician todos el mutis, por la lateral derecha.*)

D. SIF. (*Quedándose a la zaga.*) Tú, Pepito, haz algo chico: avisa a la dependencia y que disponga el convite.

D. PEPI. Descuida.

D. SIF. (*Alcanzando al grupo.*) Estrellita, Estrellita. (*Pepito, a solas, tiene una pausa dolorosa. Entra Matías y se reanima.*)

D. PEPI. Matías, iba en tu busca.

MATI. Estoy en todo, señorito. Aguardaba que saliesen los señores para disponer lo necesario. ¿Usted insiste en hacer de camarero?

D. PEPI. Sin vacilar.

MATI. Pues haia. Agrupe ya las mesas, que es lo que hacemos en estos casos. Prontitud, sobre todo.

D. PEPI. Quedarás satisfecho de mi servicio. (*Acción rápida. Pepito, ayudado por Matías, irá agrupando las mesas que le irá entrando Samuel y otro camarero.*)

MATI. Samuel... ¡Bonito se ha puesto Samuel porque le ha dejado usted cesante!

D. PEPI. Es por un rato.

MATI. Bueno; Samuel le irá trayendo cosas. El sillón presidencial en medio, y las flores, especialmente el ramo grande..., ¡pobre hija mía, qué ramo ha preparado!, frente a la presidencia. Don Pepito, ¡por Dios!, de prisa, pero no tanto, porque va usted a cansarse antes de empezar... Me da usted lástima.

D. PEPI. No te preocupes, hombre. No sé por qué imagino que esto de trabajar ha de ser distraidísimo. ¿Lo voy haciendo bien?

MATI. Muy bien. Ahora las sillas.

D. PEPI. Es claro. De pie se cansarían los señoritos. Dígale a Samuel que traiga ya la mantelería. ¿No es lo primero que se pone?

MATI. ¡Que preguntas!

D. PEPI. Matías, ten presente que debuto hoy.

MATI. ¿Pero va usted a servir con esa ropa?

D. PEPI. Más nueva es la de Samuel y no se queja.

MATI. Me refiero a la parte de uniforme que es necesaria.

D. PEPI. ¡Ah! (*Viendo entrar a Samuel, que llega con varias sillas.*) También está resuelto. Samuel, dame tu paño. (*Se lo quita.*) Matías, el paño es lo único indispensable.

SAMU. Señorito, es usted de una inoportunidad achicharrante, y perdone usted. Para una vez que iba a verme en el trance de servir a una señorita, usted me destituye.

D. PEPI. Es por hoy nada más.

SAMU. Precisamente. Mañana se lo hubiera agradecido.

D. PEPI. (*Ataviado para servir.*) No me falta un detalle.

MATI. Hala, de prisa. Samuel, vuelve por lo demás; no quieras que te ayude también en esto mi pobre hija. (*Mutis.*)

D. PEPI. Oye, Samuel, ¿cuándo se mueren Matías y su hija?

SAMU. Su hija, no, señorito; al fin es mujer y es la única que veo en todo el día.

D. PEPI. Bueno, ve a traer cosas, que yo me encargo de lo que falta.

SAMU. Oiga usted..., ¿nos partiremos el servicio a la mesa?

D. PEPI. Chico, es una solución.

SAMU. (*Yéndose.*) ¡Bendita sea su alma! (*Ríe Pepito, sin dejar de trabajar, y entra Polo.*)

POLO. (*Asombrado.*) ¿Qué haces?

D. PEPI. Chico, ya lo ves; ayudándole a la servidumbre, porque se retrasaba.

POLO. Pues yo venía por ti. Te echa de menos...

D. PEPI. ¿Don Sifón?

POLO. ¡Ella, Pepito, ella!

D. PEPI. Ves con una excusa. Di que he ido un momento a la cocina; ¡calla!, a la peluquería. Eso es. Espera. Tira de esa punta del mantel... ¡Ajajá! Vete, vete ya. Pero no digas lo que hago.

POLO. Bien, chico; te llevaré a la peluquería. (*Mutis de Polo. Entran Matías y Samuel con las botellas de licores.*)

D. PEPI. Venga, venga... (*Le ayuda Samuel.*)

MATI. Orden, señorito; coloque las cosas con orden.

D. PEPI. Matías, nunca ha sido compatible el orden con las botellas.

MATI. Bueno, bueno, ya está bien. Lléguese ahora a la repostería y hágase cargo de lo que ha de traer. Pero no venga con nada hasta que yo le avise.

D. PEPI. Perfectamente. (*Como si lo llamasen dentro y haciendo mutis, por la izquierda.*) ¡Vaaaa!... (*Ríe Samuel. Este y Matías dan los últimos toques a la mesa.*)

MATI. Don Matías es un desdichado.

SAMU. Nadie lo cree. (*Murmullos cerca.*)

MATI. Hala, hala, que vienen. (*Mutis de Samuel. En-*

tran alborozados Estrella y cuantos salieron acompañándola, hasta doce. Matías aguarda a la puerta a que se sienten.)

D. SIF. ¡Señores, a la mesa! Rindamos tributo de admiración a Estrella Reyes, gloria... gloria...

ESTRE. Polo, saque del apuro a don Sifón.

POLO. ¡Viva Estrella Reyes! (*Se corea el viva.*)

D. SIF. Aquí, Estrellita. (*Cediéndola la presidencia. A los demás:*) ¡Vamos!... (*Ocupan los trece asientos en derredor de la mesa. Estrella entre don Sifón y Juanito.*)

UNO. (*De pie.*) Cúmplase el reglamento. (*Contando y sentándose, con asombro de Estrella.*) Uno. (*Continúan los de al lado, haciendo lo mismo; es decir, contando y sentándoses dos, tres, cuatro, cinco.*)

D. SIF. Seis. Y Estrellita siete.

JUANI. Ocho. (*Sigue el resto hasta trece.*)

UNO. Los justos.

ESTRE. Perdonen... Falta uno... (*Breve pausa embarazosa. Todos se miran sin saber qué decir.*)

POLO. Falta... Pepito.

D. SIF. Ya. Es que ha visto que hoy sobraba y se ha ausentado.

ESTRE. (*De pie.*) ¡Qué vergüenza!

D. SIF. (*Azorado.*) Nadie le ha dicho... ¡A ver! Matías, hay que buscar... (*Entra con una fuente Pepito.*)

D. PEPI. Los mejores emparedados del siglo.

TELON RAPIDO

ACTO SEGUNDO

gual decorado. Es de noche. Luna en la terraza. El salón a medi
scuridad. En escena Samuel, con ropa de calle. A distancia, un
iolín o un piano interpreta una composición delicada. Samuel,
unto a la terraza, escucha atentamente. Pausa. A continuación en-
ra César—compañero de Samuel—, en situación de servicio. Apa-
rece dando luz a la estancia.

SAMU. ¿Llegan los señoritos?

CESAR. ¿Todavía aquí? ¿Qué haces ya que no te has ido?

SAMU. (*Suplicante.*) César...

CESAR. Es inútil que insistas Siempre he tenido el turno de noche, y ahora que es el mejor no voy a ser tan bobo que te lo deje.

SAMU. Yo convenceré al señor Matías.

CESAR. Menos que a mí. Conque... ¡largo!, a casa.

SAMU. No dormiría sin ver a la señorita. ¡Es tan guapa!

CESAR. Ahueca ya, que oigo pasos de señorito. (*Samuel se retira, dejándole paso a Juanito Ele. Este se sienta disgustado. Intriga a los camareros. Breve pausa.*) Señorito, ¿le sirvo lo de costumbre?

JUANI. No quiero nada. (*Breve pausa.*)

CESAR. (*A instancia de Samuel.*) Perdone el señorito..., ¿le sucede algo malo?

JUANI. Nada. ¡Y no preguntes más! Puedes retirarte. (*César se acerca a Samuel y simulan comentar. Breve pausa. Entra Polo, poco más o menos como Juanito. Los camareros escucharán desde la puerta. Polo llega hablando solo.*)

POLO. Lo temía, lo temía; hay que nacer para ser fresco. (*Reparando en Juanito y sentándose.*) Hola, Juanito. Enhorabuena.

JUANI. ¿Qué dices?

POLO. ¡Que celebro por ti que no hayas ido a ver a Pepito!

JUANI. ¿Pero qué dices?
POLO. Ha sido horrible.
JUANI. ¿Y me lo cuentas?
POLO. ¿No lo quieres saber?
JUANI. Chico, si vengo del teatro.
POLO. ¡Revienta ya!
JUANI. ¡Qué bochorno!
POLO. Es una pena.
JUANI. Me hieren a traición y no me duele tanto como esto de haber visto a Pepito salir a escena, por vez primera en su vida y sin que jamás pensase que llegaría a tal extremo, para decir, palabras más o menos: "Señoras y señores: Estrella Reyes, como proclama el mundo entero, es única en su arte. Esta noche, como homenaje al pueblo de Madrid, que es el suyo y su pueblo dilecto, hará una manifestación excepcional de sus extraordinarias facultades, interpretando un monólogo, titulado "Motivo de que la raza negra no sea blanca", cuyos conceptos los conocerá la actriz a la par que los espectadores. Se trata, pues, señoras y señores, de improvisar una creación."
POLO. Eso. Es lo que se proponía decir antes de que saliese Estrella, según nos dijo anoche, cuando nos consultó si estaba bien o mal el discursito. ¡Pero ya has visto!
JUANI. ¡Terrible! De salida tropieza con la cortina, y como si hubiera pisado a alguien, pide perdón. Risa del público. Avanza y mete un pie en la concha. Otro suceso a cargo del público. Hace una pausa, se consulta a sí mismo y nos da la impresión de que va a dominarse. Y habla, al fin: "Señores y señoras"—invierte ya los términos—: "Estrella Reyes... es estupenda..." "¡Ya lo sabíamos!"—grita un paradisíaco, y las carcajadas se pronuncian para sordos. Pero el pobre Pepito sigue: "Estrella... es un mundo único..." Y le pregunta otro espectador: "¿Quién viaja con él?" ¡El caos! Yo no he podido más y he salido huyendo.

POLO. Yo tampoco he esperado a que termine. Continuaba la rechifla y me he evadido, como tú. Oye, Juanito, no lo debemos consentir.

JUANI. Ese es mi pensamiento, y actuaré por sacarle a flote desde hoy mismo.

POLO. ¿Qué vas a hacer?

JUANI. No lo sé todavía.

POLO. ¡Ay!, Juanito, ándate con tiento, que la cuestión es delicada. En este caso de Estrella y de Pepito no hay caridad exclusivamente por parte de ella.

JUANI. Claro es que hay algo más; vanidad y conveniencia. ¿Te parece poco? Ella necesitaba, según nos dijo—la tarde precisamente de la presentación—, un secretario-representante, y habló de modo que, igual Pepito como nosotros, quedamos convencidos; sería, sin perder moralmente ante nosotros, el secretario de Estrella Reyes. Han pasado los días, y él, en contra de lo que supusimos, se nos muestra encantado; ¡hasta declara que ha empezado a vivir! Muy bien. Pero es el caso que ella abusa. ¡Y esto, no! ¡Debemos de oponernos! Estrella es peligrosa. Ahora necesita un juguete de valor, hacer de un hombre un trapo; y hay que dejarla, pero quitándole a Pepito de su alcance De Pepito se hace lo que se quiere.

POLO. ¡Ay, ay! Juanito, esta vez no sabes dónde te metes. Por lo menos, chocas con don Sifón.

JUANI. ¡Otro idiota!

POLO. ¡Cómo calificas...! (*Murmullos dentro.*) ¿Vienen?... (*Entran, alborozados, cuatro o cinco socios—los serios entre ellos—, que llegan diciendo:*)

UNOS. ¡Genial! ¡Maravilloso!

OTROS. ¡Qué exitazo!

JUANI. (*Levantándose.*) ¡Y qué fracaso tan vergonzoso el de nuestro amigo!

UNO. Si nuestro júbilo es por el éxito clamoroso que ha obtenido.

OTRO. Claro.

SERIO 1. Ha estado colosal.
OTRO. ¡Colosal!
JUANI. Explicadme de una vez.
SERIO 1. Verás. El público comenzó a tomar en chufla las vacilaciones naturales de Pepito, y en chufla, cada vez, según éstos (*los alegres*) más graciosa, y, según nosotros (*los serios*), más agresiva, continuó un buen rato, hasta que Pepito imitando maravillosamente una borrachera, inicia el mutis y tropieza de nuevo con la cortina. Escándalo inenarrable. Pero inmediatamente vuelve Pepito, asomando sólo la cabeza, y dice: "Señoras y señores: os suplico perdón si no os hice reír lo suficiente." Y fuése. ¡Qué ovación!
UNO. ¡Bravo!—gritó la sala.
VARIOS. ¡Magnífico! ¡Magnífico!
POLO. ¿Luego el ridículo lo hacía en serio?
VARIOS. En cómico.
POLO. ¿Pero en serio?
UNO. Como tú quieras. El caso es que el público comprendió que había sido burlado graciosamente ¡Consagrado!
OTRO. ¡Ya tenemos consagrado a Pepito!
POLO. Hay que darle un banquete.
SERIO 2. ¿Por qué? Si ha terminado felizmente se debe a Estrella Reyes. Esta se hallaba detrás de la cortina, avisada previamente de lo que sucedía por uno del teatro, y apenas vió a Pepito, al hacer mutis, le aconsejó que se asomara para decir: "Señoras y señores: os suplico..."
OTRO. (*Interrumpiendo.*) Le dió la salvación.
OTRO. Ha sido la heroína.
POLO. ¡Viva Estrella Reyes! (*Cuando se corea el "viva" se presenta Estrella y enmudecen.*)
ESTRE. Muchas gracias, señores. Siempre es de apreciar un vítor, pero nunca como ahora, que me hacían ustedes ausente. Claro es que ha partido de Polo, y nuestro amigo Polo, por su afición a vitorear, desnaturaliza los efectos.
POLO. (*Nervioso.*) Señorita..., yo... Le juro... (*Risas.*)

ESTRE. He querido azorarle, amigo Polo.
SERIO. Estrella, ¡qué velada de triunfo la de hoy!
VARIOS. Estupenda.
ESTRE. ¡Bah! No hablemos de eso entre amigos. (*Grupo aparte con Juanito y Polo.*) Juanito, ¿no dice usted nada?... ¿Qué hay de la mona?
JUANI. De la mona... no sé; en cambio, sé que el mono ha tenido una mala noche. (*Estrella reprime una contestación violenta. Polo, disimuladamente, le da un codazo a Juanito. Estrella lo advierte, sonríe y dice:*)
ESTRE. Polo, muchas gracias.
JUANI. Estrella, ¿cómo ha entendido usted...?
ESTRE. Perdón, Juanito; las rectificaciones innecesarias son las que ofenden.
POLO. Naturalmente. (*Entra, interrumpiendo, don Sifón. Juanito se separa azorado.*)
D. SIF. Estrellita, Estrellita... Rica; nos has dejado a todos sin despedirte.
ESTRE. Eran demasiados parabienes.
D. SIF. Es que ha estado excepcional, formidable, fantástica.
POLO. Se ha superado. (*Simulan continuar.*)
SERIO 1. (*A su grupo:*) ¡Eh! Doy treinta a cien.
SERIO 2. Acepto, si nos jugamos lo que tomemos todos.
SERIO 1. ¡Por una vez!... Hecho. (*Mutis del grupo.*)
ESTRE. Callen, callen. ¿Y Pepe? ¿Dónde ha dejado a Pepe, don Sifón?
D. SIF. Abajo, en la puerta; allí ha quedado agradeciendo a tus admiradores los elogios que te dedican.
ESTRE. A él, que ha estado insuperable. (*Aprobación le Polo.*)
D. SIF. ¡Bah! ¡Bah!
ESTRE. ¿A qué viene ese gesto despectivo, don Sifón? Pepe ha estado muy bien.
D. SIF. ¡Ay, Estrellita!, no te das cuenta; le das una expresión a tu generosidad para con Pepito, que los malintencionados van a tener que presumir lo que no hay...

ESTRE. ¿Y quién nos dice que lo que piensen no sea, o no pueda ser verdad?

D. SIF. Eres un ángel; pero... un ángel demasiado liberal. ¿No ves que tu piedad por ese chico —que está muy bien, ya que tú lo quieres, como elemento de servidumbre—puede perjudicarte?

ESTRE. ¡Vamos, don Sifón, me molesta que sea usted injusto con Pepe.

D. SIF. ¿No oís? Se burla, se burla de nosotros.

ESTRE. Bueno, señores, ¿aquí se toma algo? (*Sentándose.*)

D. SIF. A ver, el camarero. (*Siéntanse con ella los de su grupo. César, como si estuviera detrás de la puerta, asoma al oír la palabra "camarero", seguido de Samuel, que le detiene.*)

SAMU. Te doy un duro si me dejas que la sirva.

CESAR. Me ofenden las propinas. (*Desaparece Samuel, y Cèsar aguarda.*)

ESTRE. Tarda Pepe en subir. ¿Verdad, don Sifón?

D. SIF. Rica, ¿quieres también que vaya a traértelo?

ESTRE. ¡Qué disparate! Eso sería abusar de su bondad. ¿Ir usted? De ningún modo.

D. SIF. (*Levantándose.*) Bien: pues voy. Pero me estás haciendo odioso a ese pollito.

ESTRE. Odioso.

D. SIF. (*Avanzando.*) ¡Odioso, odioso! (*Risas. Retrocede.*)

ESTRE. ¿Se arrepiente? (*Ríe Estrella y entra Pepito, bufando y como huyendo del diablo.*)

D. PEPI. (*Llegando al grupo de Estrella.*) ¡Qué pesadez! (*Remedando felicitaciones distintas.*) "Enhorabuena, Pepito"; "Pepito, enhorabuena"; "has estado genial"; "Pepito, enhorabuena"; y yo: "Gracias, señor"; "gracias, señor"; "gracias, señor". Y así, desde el teatro hasta la puerta de esta casa. ¿Qué he hecho yo para castigo semejante? (*Risas.*)

ESTRE. ¿Ve usted, don Sifón, por qué me escabullí? ¡Sabré!...

D. SIF. Es claro; y Pepito ha tenido que oír lo que querían decirte a ti.

D. PEPI. Exacto, Basilio. (*A César.*) Oye, tráeme lo de siempre. (*Juanito y Polo le hacen señas de que les sirva a ellos también.*)

CESAR. ¿La señorita?

ESTRE. También.

POLO. (*Abrazándole.*) Pepito, mi felicitación más cordial.

D. PEPI. (*Grave.*) ¿Tú también?

POLO. Naturalmente. (*Aprobación general.*)

D. PEPI. Os lo ruego: callad.

ESTRE. Es extraño. Para ver serio a Pepe no hay como recordarle algún triunfo.

D. PEPI. Y el de hoy sobre todo.

ESTRE. ¿Es un reproche? ¿Tan mal cree que ha quedado?

D. PEPI. ¿Reproche contra usted? ¡Por Dios, Estrella! Ya sé cómo he quedado: para el público, maravillosamente; para mí..., como un trapo. Pero me quejo de mí mismo.

JUANI. ¿De... nadie más?

D. PEPI. ¿De quién, Juanito? He hecho el ridículo voluntariamente. Y es que creí que sería fácil elogiar ante muchos a Estrella Reyes.

ESTRE. (*Emocionada.*) Por eso...

D. PEPI. Perdóneme. Reconozco que la he comprometido.

ESTRE. ¡Nunca, Pepe!... (*Breve pausa.*) ¿Qué es eso? ¿Triste otra vez?

D. PEPI. No puedo remediarlo... Mi destino no tiene enmienda. (*Se reprime.*)

ESTRE. Me asusta usted.

D. SIF. Este chico se ha vuelto loco. ¿No oís?

ESTRE. Pepe, siéntese aquí. ¿Quiere?

POLO. Dí que no eres feliz.

D. PEPI. No sé. (*Matías se asoma, le hace señas a don Sifón para que se le acerque, y éste lo despide lo mismo desde su asiento.*)

ESTRE. (*A Pepito, que sufre por empezar.*) ¿No ha sido usted feliz?

D. PEPI. Debí serlo; pero viví inconscientemente. Mi vida ha sido un constante vaivén; un ir continuo

hacia la dicha, con ansiedad, con fe..., ¿quién no ambiciona ser dichoso?

ESTRE. (*Que oye a Pepito temblorosa.*) ¡Ay de nosotros cuando termina esa ambición!... Siga diciendo... ¿Somos muchos a oír?

D. PEPI. No hay nadie extraño.

POLO. ¡Magnífico!

D. SIF. Tiene, tiene cosas...

D. PEPI. Nuevos elogios. Es el momento, por lo visto. Cuando me han prodigado los elogios, que ha sido siempre cuando la gente, con razón—no digo que sin ella—lo ha creído oportuno, es también cuando me ha visitado la desgracia.

ESTRE. (*Suspirando.*) Empiezo a comprender.

D. SIF. Yo, no. ¿Cuándo habéis conocido una desgracia de Pepito?

POLO. Las ha tenido y grandes; pero inevitables; el fallecimiento de sus padres, la... Nada más.

ESTRE. ¿Afectos de otra índole?

D. SIF. ¡Bah! No los pudo sentir. Fué siempre afortunado, pero, por lo mismo, muy veleta.

POLO. Pepito quiso, anduvo loco por la Trianera. (*Aprobación de los otros.*)

D. SIF. Chico, yo me callaba aquello, porque fué lamentable.

D. PEPI. ¿Qué tiene de extraordinario? (*A Estrella, que lo mira con fijeza.*) La aventura se reduce a que me enamoré de una muchacha, según mi parecer, digna de una pasión extrema, y el mismo día que la dije fervorosamente: "¡te quiero!", huyó, me abandonó... para seguir su vida. Prefería muchas manos a un corazón... El caso es viejo. Cosas que ocurren diariamente. ¿Verdad?

ESTRE. Prefiero seguir oyendo... (*Breve pausa.*) ¿Dónde está su desgracia?

D. PEPI. En mí... Me asusta ya la felicidad. (*Murmullos y risas.*)

ESTRE. No sea chiquillo.

D. PEPI. He escapado deshecho de mi vida. El corazón, sin yo atenderle, vivía sus horas en un aparte

del trasiego del cuerpo y ha quedado vencido: ve ya, cuando de nuevo le protegen, que su destino es encontrar felicidades y perderlas. Y perderlas, como siempre, cuando trascienden a los demás; cuando vosotros, que me queréis, os alegráis y hacéis por alegrarme. Os lo debo decir... Mi situación antes de hallar a Estrella, íntimamente y en momentos contados, porque eran pocos los que tenía de lucidez, me repugnaba. Vosotros sois mis hermanos buenos. Pero, a pesar de todo, sucedía como oís: me oprimía, me hacía sufrir la vida. En este trance encuentro a Estrella, y Estrella, constituyéndose en mi ángel protector, logra cambiarme como por arte de encantamiento; me hace que olvide los desvaríos de mi soledad, que todos eran negros, que todos me decían: "has concluído, has muerto; ¿qué esperas?"... Estrella Reyes me da trabajo; me distrae: le escribo cartas, recibo gente, le apunto en sus ensayos particulares... Nada, en fin. Es una obligación, que es lo que he odiado siempre; pero una obligación que me convierte; me doy a ella con alma y vida, porque Estrella hace amable hasta el deber. Me impulsa la fe, me alienta el optimismo; creo en todo y creo en mí. Y me digo: he vuelto a ser dichoso. ¿Es posible—pregunto—que esta felicidad, compuesta de tan poco, haya quien me la quite? Me respondo que no; y me doy una alegría, porque opino que nadie, nadie se sentiría feliz con lo que yo me siento resucitado. ¡Pero ya me festejan! Ya me elogiáis. Y no quiero; no os autorizo a que digáis que soy feliz. Porque es verdad; porque lo soy de nuevo... y tengo miedo, mucho miedo.

POLO. (*De pie y entusiasmado.*) ¡Viva Pepe Rincón!

TODOS. (*De pie.*) ¡Viva!

D. PEPI. (*Abrumado.*) No me queréis...

ESTRE. ¿Lo condenamos por cobarde? (*Aprobación y risas.*)

POLO. (*Por César, que entra.*) Llegan los alimentos.

(Se sientan, incluso Juanito, que se acerca César, cuando sirva, hará mutis. A la par que se sientan, Matías entra y hace señas a don Sifón y éste acude, haciendo grupo aparte con él. En el corro simulan seguir hablando mientras se nutren.)

D. SIF. *(A Matías.)* Veamos qué es lo que quieres.

MATI. Ha estado aquí, hace poco, precisamente, y de parte del casero...

D. SIF. ¡Bah! Eres oportunísimo. Déjate ahora de monsergas. Dime, ¿has vuelto a hablar con don Pepito?

MATI. Don... don Sifón, don Pepito se vende ahora muy caro. Como le decía..., el administrador del casero...

D. SIF. Eres un mameluco. De modo, que ahora que don Pepito se halla contento, que es lo primero que necesitan las personas para acceder a cuanto se les pida, ¿vas a desaprovechar la ocasión de hablarle de tu chica? ¿Estás en tus cabales? ¿A que no le has dicho todavía a don Pepito que hoy por hoy no te vendes por unos miles de duros? ¿Y tú sabes lo que supone semejante bicoca para un pollito que tuvo mucho y que se encuentra en la miseria? No seas lelo, Matías.

MATI. ¿Quién es el lelo?

D. SIF. Tú, hijo, tú.

MATI. Más vale así. Bueno... como le decía...

D. SIF. Sí, mejor será escucharte. ¿Qué señor ha venido y a qué ha venido ese señor? *(Simulan continuar, refocilándose poco a poco don Sifón. Antes simula pedirle algo a César, que hace mutis.)*

ESTRE. ¿Mi impresión?

POLO. Es claro, Estrellita; es la que importa.

ESTRE. Gracias. Pues mi impresión, como la de ustedes, es favorable. Cuanto ha dicho Pepe, por más que él ha querido ser dramático, me ha parecido un cuento, trágico si él quiere, pero de un fin dichoso. El se cree naufragado cuando na-

vega dulcemente. Joven, vivo de inteligencia, noble..., con otras cualidades que no debo decir seducirá tal vez a una mujer cuando menos lo piense. ¡Y será otro, qué duda cabe!

D. PEPI. (*Pesaroso.*) Nada, que soy feliz de nuevo.

JUANI. ¿Y cuándo no lo fuiste?

ESTRE. Repare, Pepe: hasta Juanito Ele, que es muy desconfiado, coincide con nosotros en que es usted un elegido de la fortuna. ¿Aún le parecen pocos votos? ¿Qué gana usted llevando la contraria?

D. PEPI. Pierdo, sin duda alguna. Lo que debo de hacer es lo que hice siempre: dejarme ir. ¿Que mi destino es ser dichoso? Bien. La Providencia hable por ustedes. (*Contento al parecer.*) ¿Vamos a no ocuparnos más de mí? (*Todos atienden repentinamente a don Sifón, que ríe con ganas.*)

POLO. ¿Qué le sucede a don Sifón?

JUANI. Creerá quizá que le decimos a Estrellita que no le corresponda.

ESTRE. ¡Ja, ja, ja! Sabe él que sí.

D. SIF. Llamad a aquéllos. (*A los que se suponen fuera Sigue riendo.*)

POLO. Acercaos, que hay suceso. (*Salen, intrigados, los socios de antes.*)

JUANI. (*A don Sifón.*) ¡Acaba y di!

ESTRE. A don Sifón le va a dar algo.

POLO. El ataque. (*Le hace cosquillas a don Sifón, que deja de reír. Ríen los demás.*)

D. SIF. (*Molesto.*) Muy graciosa la broma, sobre todo por lo oportuna.

JUANI. Bueno, cargante., explícanos tu júbilo.

ESTRE. Nos ha intrigado.

D. SIF. ¡La hecatombe! ¡Ja, ja, ja! ¿No os lo dije? Acércate, Matías. ¿Quién ha estado aquí? Dile, dile a los señoritos.

JUANI. ¿Quién, Matías?

MATI. Señorito, el administrador del señor casero. (*Asombro.*)

JUANI. ¿Se le debe acaso?...

MATI. Ni un céntimo.

D. SIF. Veréis. El casero nos envía su protesta, basada en que no cumplimos el contrato de arrendamiento. (*Murmullos.*) Se estipuló—dice—que la Sociedad de recreo, para la cual nos cedió el piso, se componía y había de componerse en lo sucesivo de trece socios, y que en la actualidad, somos catorce. ¡Ja, ja, ja! ¡Y que esto es atentar contra sus intereses! (*Murmullos de asombro.*)

D. PEPI. ¡Qué majadero!

JUANI. ¿Pero no explica?

D. SIF. Sí.

ESTRE. Bueno, señores... Si mi nombramiento de socio ha de perturbar... (*La interrumpen voces negativas.*)

POLO. ¡Estaría bueno!

D. SIF. ¿Queréis oír?

POLO. Si hubiese dicho que se le ha perjudicado cuando hemos sido trece, porque espantábamos inquilinos, tendría razón. ¡Pero ahora!

D. SIF. Oid. Cuenta que hace unos días se le despidió otro inquilino.

VARIOS. ¡Ah!

JUANI. Es que este último no se habrá despedido por nosotros.

D. SIF. Sí, señor; por nosotros. Y el casero está que bufa, porque dicho inquilino ¡ha comunicado hoy que no se va! (*Risas.*) Dice que esto ha sido porque le hemos quitado el maleficio a la Peña.

JUANI. Continuemos la venganza. ¿Cuál es el número contrario al trece?

POLO. ¡El quince, el de la suerte!

JUANI. Seamos quince desde ahora mismo; nombremos uno, a quien sea: un criado de casa. (*Samuel, que asomaba la cabeza, avanza y dice suplicante:*)

SAMU. Señorito...

JUANI. ¡Justo!, que sea Samuel.

MATI. ¡Señorito!

JUANI. ¿Por aclamación? (*Voces afirmativas.*)

D. SIF. Asunto ventilado. Ahora me toca a mí nutrirme. (*Llega César a servirle.*)

SAMU. (*Avanzando y a Matías en tono autoritario.*) Señor Matías, ya nos ocuparemos de quién ha de servir el turno de la noche. Hasta mañana.

MATI. (*Siguiéndole.*) Ya te diré, melón. (*Mutis de los dos.*)

D. SIF. Chicos, ¿no organizáis partidas?

VARIOS. ¡A ello!

POLO. Estrella, esta noche...

ESTRE. Perdóneme. Pienso irme pronto y ahora quiero hablar con don Sifón. (*Este se frota las manos de gusto.*)

JUANI. Estorbamos todos.

ESTRE. Podrían oír. (*Se sienta.*)

VARIOS. No, no.

D. SIF. Naturalmente. (*Ríe Estrella.*)

JUANI. Pepe, ¿jugarás hoy? Aquí estamos de más.

D. PEPI. Voy con vosotros. (*Desfilan riendo y cuchicheando, quedando atrás Pepito y Juanito; éste deteniendo a aquél, en grupo aparte de Estrella y don Sifón. Esta parada inquieta a Estrella, que no dejará de mirar como si escuchase disimuladamente.*)

JUANI. Pepito, deja ir a ésos. Vamos a echar un cigarrillo y así cubrimos esta parada. Necesito hablarte.

D. PEPI. ¿Con tantas precauciones?

JUANI. (*Dándole un cigarro.*) Fuma.

D. SIF. Tú dirás, Estrellita... ¿Puedo hacerme ilusiones?

ESTRE. Desde luego. ¿Qué sería usted sin ellas? Bueno, pero no pienso hablar hasta que termine.

D. SIF. Hágase tu voluntad.

JUANI. ¿Te enamorarías de Estrella Reyes?

D. PEPI. Tu pregunta es absurda. ¿Quién sabe eso?

JUANI. Te conviene, sin embargo, tener en cuenta que las mujeres como ésta son peligrosas.

D. PEPI. Es peligrosa... porque seduce.

JUANI. No seas niño. ¿Por qué crees tú que juega con el viejo? (*Don Sifón.*)

D. PEPI. Estás en un error. Lo estima buenamente. No pierde nada siendo generosa.

JUANI. ¡Estás listo! Hemos de ver, y pronto, si antes no se la quitan a don Sifón—y bien podría yo ser ese palomo—, cómo el viejete y ella...

D. PEPI. ¡Ni una palabra más! La ofendes y me ofendes.

JUANI. Esta conversación de ahora, provocada por ella... *(Interrumpiéndose.)* Vamos para dentro, que la tenemos cerca.

D. PEPI. No insistas. Te lo suplico. *(Mutis de Penito y Juanito. Estrella, impaciente y con disimulo, hábase acercado a ellos.)*

ESTRE. *(Viéndoles ir.)* ¡Es de cuidado este Juanito!.. *(Breve pausa. Habla don Sifón y Estrella se reanima. Predominará en la escena siguiente, a cargo de Estrella—siempre que el diálogo lo consienta—la coquetería más pícara y graciosa, sin visos de ocultos y reprobables pensamientos.)*

D. SIF. Listo, Estrellita: he concluído.

ESTRE. Que aproveche.

D. SIF. ¿Es tu deseo?

ESTRE. Naturalmente.

D. SIF. *(Frotándose las manos.)* Gracias, gracias. *(Breve pausa. Estrella se sienta junto al balcón e invita, por señas, a don Sifón a que se le acerque. El acude para sentarse a su lado, y dice aparte antes de llegar.)* El momento propicio... *(En postura amorosa.)* ¿Estoy bien así?

ESTRE. Así... y puesto en jarras que se pusiera.

D. SIF. ¡Encanto mío! *(Pía Estrella y él pasea.)*

ESTRE. Es usted graciosísimo... Vamos, siéntese, que urge lo que vamos a hablar y el asunto es muy serio.

D. SIF. *(Sentándose y esforzándose por dominar los nervios.)* Lo serio... lo eres tú.

ESTRE. Y usted.

D. SIF. *(Con dulzura.)* ¿Yo, Estrellita?

ESTRE. Usted lo va a ser.

D. SIF. ¡Ah! Creí... ¡No faltaba más! *(Ligera pausa.)*

ESTRE. ¿No me dice usted nada?

D. SIF. ¿Yo? Habías tomado tú la iniciativa, y yo esperaba... ¿Comprendes?... ¿Qué te diría yo que no te sepas de memoria? Lo nuevo... compréndelo, ha de partir de ti... es cosa tuya... (*Ríe Estrella.*) ¡Ay!, esa risa me transporta; es nuncio de felicidad.

ESTRE. Más, mucho más que "nuncio".

D. SIF. Gracias.

ESTRE. No he ascendido a usted.

D. SIF. ¿Cómo?

ESTRE. ¡Ja, ja, ja!

D. SIF. ¡Eres hechicera! (*Se reprime; breve pausa.*)

ESTRE. ¿No... no me dice usted nada?

D. SIF. Oye, ¿no eras tú la que querías hablar?

ESTRE. Sí... Pero no importa; usted puede decirme lo que guste. Yo... verdaderamente, no es que tuviese nada que decirle, vamos... de manera concreta.

D. SIF. Ya... (*Alicaído.*) Se trata de otra larga.

ESTRE. ¡Don Sifón!, soy incapaz de ofender a mis amigos. Yo no le he dado largas nunca; pero en ningún sentido. ¿Fué así?

D. SIF. Así, para desgracia mía. Ahora, que yo... por aquello de que el que la persigue...

ESTRE. (*Interrumpiendo.*) Perdón. Le he invitado a quedarse, a hacerme compañía, abusando, sin duda alguna, de su bondad, por... por esto: por hablar con alguien. ¿Con quién mejor?

D. SIF. Me gusta la preferencia.

ESTRE. Es lo indicado para los espectáculos de hoy.

D. SIF. ¿Cómo?

ESTRE. Nada. Así, como estamos ahora... oigo a usted, me distraigo. ¿Y quién nos dice—esto además—que, charlando que te charla, no surge para usted, o para mí, una sorpresa?

D. SIF. Pícara, al fin...

ESTRE. ¿Qué?

D. SIF. ¡Ja, ja, ja! Has de decirlo tú; te condeno, te condeno a la confesión. Bien mirado, Estrellita, no es justo que sea siempre el hombre el que se

exponga a oír un "sí" o un "no", pues todo cabe en lo posible.

ESTRE. ¿Me diría usted que no?

D. SIF. ¿A qué y por qué?

ESTRE. A lo que fuese y por lo que fuese... No se haga el interesante.

D. SIF. A todo, a todo te diría... sí, con un sí prolongado, infinito.

ESTRE. Gracias.

D. SIF. Gracias a ti, lucero. ¡Eres mi amor...!

ESTRE. Hermoso tema... ¿Ha querido usted alguna vez?

D. SIF. ¿Me lo preguntas tú? Voy cargado de amor, de un amor inflamable, desde que te conozco. Aparte de este amor no tuve otro.

ESTRE. Yo, sí. Yo estuve enamorada; lo estoy ahora.

D. SIF. Cállate lo de antes.

ESTRE. ¿Por qué? No me arrepiento de mi pasado, porque no hay nada en él inconfesable. Murió mi viejo amor y no por culpa mía. ¡Qué más hubiera deseado que aquel—uno que ya no me inspira nada—fuese hoy mi marido! He soñado con esto toda mi vida. Y si no lo he logrado... fué porque no lo quiso quien yo quería en su tiempo. Y hoy me considero espiritualmente tan libre para amar como si ahora naciese a las primeras ilusiones de chiquilla. Quiero, amigo mío, quiero como si nunca hubiese amado; quiero al hombre de hoy, como al primero que nos hace temblar, como al único que ha seducido por vez primera mi corazón y cuanto soy. No he querido jamás. Olvidé. Yo no debía querer. Ahora, ahora es cuando quiero... (*La emoción suspende a los dos.*) He cegado por él. ¿Verdad que lo merece? Usted lo ha tratado mucho; usted lo quiere. Es noble, es seductor. ¿Verdad? Dígame usted que sí.

D. SIF. (*Angustiado.*) Pero, hija...

ESTRE. (*Levantándose y haciendo transición.*) ¡Jesús!... También ha sido ocurrencia mía irle a usted con mis cuitas, y cuitas de la índole que son. (*Zalamera.*) Perdóneme.

D. SIF. Sí, sí; lo que tú quieras. Pero... la verdad, no sé aún...

ESTRE. (*Sentándose.*) ¡Vaya si sabe! Supo usted siempre los deseos de Estrellita antes de que Estrellita pestañease. ¿Verdad? Me quiso usted desde el primer momento como me quiere hoy, porque le corresponden con el alma. Usted me quiso... como si yo fuera su hija.

D. SIF. (*Levantándose.*) ¡Horror! ¿Sabes lo que te dices? ¿Quién osaría querer a una hija como te quiero yo?

ESTRE. Todos los padres. Mire si le doy categoría.

D. SIF. (*Sentándose a instancia de Estrella.*) Repara...

ESTRE. Nada, nada. ¡Si lo sabré yo! Tenga paciencia y escúcheme... Usted habrá pensado, respecto a mí, lo que sus nervios, más locos que sensatos, hayan querido. Irrealidades, claro es. Porque tenga presente la de veces que el pensamiento y lo que sentimos van por distintas rutas. Aún era niña yo cuando empezó a tratarme usted ¿No fué así?

D. SIF. Desde luego; eras una criatura.

ESTRE. Pues como a lo que era empezó a quererme y como niña le quese yo. Hemos crecido—naturalmente, y aunque a usted le disguste, los dos a un tiempo—; y hoy, porque huyeron las horas, las mismas para usted que para mí, perdura el sentimiento que nos hizo simpáticos. No sería amor de Dios el que nos estremece y nos alegra si fuese de otro modo. Nos amamos, pero así como le digo yo: usted... mi papaíto; yo... su hija mimada... No se resista a confesar.

D. SIF. Mira no sigas; me conmueves, me pones en el trance increíble de tener que asentir a todo, y bien me consta que eres tú la engañada. Mal... o peor, te quiero como un hombre.

ESTRE. Si fuese como dice, y siendo, como es usted, atravente, con figura, espléndido, guapo, noble a satisfacción, ¿cree usted que no hubiese llegado a interesarme? ¿Por qué no ha sido así? Porque usted me ha querido santamente; así lo

comprendí y así pagué. Moriría si yo supiese ahora que he vivido equivocada.

D. SIF. (*Rendido.*) No, no. Estrellita, hija... debo estar ofuscado.

ESTRE. (*Besándolo.*) Papaíto...

D. SIF. Eres... eres... No lo sé, hija ...¡Mira que yo tu padre!

ESTRE. Si no, ¿por qué iba a hablarle yo de mis intimidades? Y ya lo ve: le hablo y se lo digo todo... para que usted me ayude.

D. SIF. ¿Yo?

ESTRE. Ya se lo he dicho: para que usted me ayude. Necesito de usted, porque empiezo a desconfiar de mí. Me he enamorado... y usted sabe de quién.

D. SIF. ¡No lo quiero saber!

ESTRE. Oígame usted. No es culpa mía que yo le quiera

D. SIF. No. Si me echarás a mí también la culpa.

ESTRE. ¡Ja, ja, ja! Eso, no. ¿Pero soy yo culpable de que sea él...?

D. SIF. ¡Basta! Te ruego, por lo menos, que no me nombres el agraciado.

ESTRE. Convenido. No tiene nombre.

D. SIF. Vaya, vaya... De modo... ¿que ése... y tú os amáis?

ESTRE. (*Angustiada y conmoviendo a don Sifón.*) El... no corresponde.

D. SIF. ¡Lo estrangulo! (*Levantándose.*)

ESTRE. (*Entusiasmada y de pie, cogiéndole las manos.*) ¡Gracias! Es usted generoso, aún mucho más de lo que yo me imaginaba! ¡Gracias!

D. SIF. ¡Qué gracias ni qué belenes! ¿Ha llegado a decirte...?

ESTRE. No... ni sé si ha comprendido que le adoro.

D. SIF. ¡Si hasta lo he visto yo!

ESTRE. Pues él... o no lo ha visto, atormentado por sus ideas, o... no lo quiere ver. Pienso... que no le agrado.

D. SIF. ¡Habrá idiota de chico! Mira, yo... yo me veré con él...

ESTRE. (*Tomándole la cara.*) ¿De veras?

D. SIF. (*Conmovido.*) El caso, hija, es quererte de algún modo.

ESTRE. (*Besándole.*) Gracias. (*Pausa. Juanito Ele, sin ser visto por los de escena, asoma cuando Estrella besa a don Sifón, queda sobrecogido, pero reaciona rápidamente y hace mutis.*)

D. SIF. En fin, voy por él.

ESTRE. No...

D. SIF. No tiembles, boba.

ESTRE. Busquemos la ocasión. Mejor sería que usted...

D. SIF. Comprendido. Sea como quieres.

ESTRE. (*Alegre.*) Me asusta la derrota, amigo mío... (*Cogiéndole la cabeza.*) ¿Le venceremos? (*Sigilosamente asoman la cabeza, agrupados, casi todos los socios, entre ellos Juanito y Polo; el primero señalando a la pareja maliciosamente.*)

D. SIF. Tú.

ESTRE. ¡Ay!, yo...

D. SIF. ¡Tú, que eres irresistible!

POLO. (*Gritando, por lo que se asusta la pareja.*) ¡Vivan los novios! (*Se corea.*)

ESTRE. ¡Pero... han creído!

D. SIF. ¡Esto me faltaba! (*Estrella ríe y alborotan los otros, a la par que avanzan. Pepito entra como desganado de todo.*)

TELON RAPIDO

ACTO TERCERO

Gabinete en el piso de Estrella Reyes. Sendas puertas en lateral izquierda y al fondo. Balcón en lateral derecha. Decorado de buen gusto. Es de noche. Da la luna en el balcón, que aparece entornado.

(*Al alzarse el telón se halla a oscuras la estancia. Entra por el fondo, apresuradamente y como despabilándose, Filomena, mujer de alguna más edad que Estrella y criada de ésta. Es todo*

bondad y cariño por y para la señorita. Da luz y se dirige hacia lateral izquierda, diciendo:)

FILO. Sería muy raro que yo no hubiese oído... ¡Vaya si han abierto la puerta!... (*Ríe, dentro, acercándose, Estrella Reyes.*) ¿No lo dije? (*Se detiene a esperar.*) Oigo a mi señorita antes de que respire. (*Entra Estrella Reyes seguida de don Sifón y Pepito. Al aparecer Estrella le dedica una mirada a don Sifón y ríe de nuevo. Don Sifón y Pepito hacen como que comentan la risa; Pepito parece disculparse de algo ante don Sifón, que no llega muy contento, en apariencia.*)

ESTRE. (*Haciendo un alto.*) ¿Qué hay, Filo? (*Ríe más.*)

FILO. ¡Por Dios, señorita, no ría usted tanto!

ESTRE. (*Conteniéndose.*) ¡Ah! Es verdad que tú eres de las que dicen que se ríe mucho, siempre que estamos a la puerta de una desgracia.

FILO. Hay casos.

ESTRE. No río más. (*Ríe.*) No río más... (*A los amigos, desentendiéndose de Filomena.*) ¿Pero no es motivo para reír que nuestros amigos se hayan figurado que don Sifón y yo...? ¡Ja, ja, ja!

D. SIF. El caso, Estrellita, no tendría nada de extraordinario.

ESTRE. Naturalmente. Lo que a mí me hace gracia es que no hemos hecho nada por sacarles del error y han quedado como quien ve visiones. ¡Ja, ja, ja! Me alegro, así será más grande el chasco que se lleven. ¿Verdad, Pepe?

D. PEPI. ¿Qué sé yo de esto, Estrella?

ESTRE. Perdone; la pregunta era para don Sifón, que es... quien sabe.

D. SIF. (*Nervioso.*) Efectivamente.

ESTRE. (*Zalamera.*) ¿Usted, azorado?

D. SIF. No, no. Puedes estar tranquila.

ESTRE. Dios se lo premie.

D. SIF. Bueno; pero permíteme una observación. No les ha sorprendido tanto a los amigos lo que han supuesto, como la retirada tuya, invitándonos a Pepito y a mí a hacerte compañía.

D. PEPI. No ha podido sorprenderles que yo acompañe a

Estrella, porque no es hoy, precisamente, la vez primera que acudo, y a igual hora, a sus ensayos particulares, y por lo que se refiere a tu, tampoco. Nada tiene de sospechoso esto de que Estrella desee tu compañía hasta en los momentos de estudio, porque siempre agrada la opinión de los amigos preferidos, y tú...

D. SIF. ¿Pepito, tú también? (*Suplicante.*) ¡Estrella! (*Esta ríe.*) Mira, rico, qué gracia has hecho. ¡Que afán el tuyo de pincharme!

D. PEPI. No creas. Jamás pretendo molestarte.

D. SIF. ¡Pues me molestas hasta sin querer, que es lo inaudito!

D. PEPI. Ya no sé cómo hablarte.

ESTRE. De ningún modo, tratándose de asunto tan antipático. Siéntese. ¡Hala! Me esperarán un momentín, porque necesito cambiar de ropa. Vuelvo pronto. (*Aparte a Filomena. Ellos se sientan sin hablar.*) Filo, ¿todavía aquí?

FILO. Esperando...

ESTRE. Escuchando se dice...

FILO. Será ésa la palabra...

ESTRE. ¿Qué me miras? (*Casi al oído.*) ¿Hoy tampoco? Anda, anda; no seas tan curiosa. ¿Y mi doncella?

FILO. Como siempre: apenas vino del teatro se quedó dormida. Mejor dicho, hoy ha tardado un poco más, porque me ha contado el éxito del señorito.

D. SIF. (*Oyendo.*) ¿Me decías a mí?

FILO. No, señor; he mentado (*Por Pepito.*) al señorito.

D. SIF. (*Despectivamente.*) ¡Ah!

FILO. Perdóneme, señor. He tratado más, aunque le conozco menos tiempo, al señorito, y el señorito es para mí... casi como mi señorita.

ESTRE. No sigas. Los señoritos no vienen con ganas de discursos y menos si son tuyos. Sirve unas copitas.

D. SIF. Por mí...

ESTRE. Por usted... precisamente.

FILO. ¿Y el señorito Pepe... no necesita ánimos? (*Risas.*)

ESTRE. Anda, mujer, anda. (*Mutis Filomena.*) Ustedes ya saben: hablen, que no molestan a nadie. Don Sifón... a usted, sobre todo, nunca le faltaron recursos... Hable usted... (*Hace mutis Estrella. Breve pausa.*)

D. SIF. ¿No te aburres callado?

D. PEPI. Di lo que quieras, hombre.

D. SIF. Muy bonito. Y tú a escuchar.

D. PEPI. Yo... Es que no sé qué decir. Esta noche me encuentro raro yo mismo. Debe ser, seguramente, el rato de mil diablos que he sufrido en el teatro. Estoy cansado, sin ganas de nada...

D. SIF. En resumen: que recibirías una alegría si ahora Estrellita te dijese: "Pepe, puede usted irse a descansar, que hoy no estudio".

D. PEPI. No, la verdad; me encanta estar a su lado. (*Bajando la voz.*) Claro es, que si me has dicho eso porque desees quedarte solo...

D. SIF. ¿Sí, eh?... Eres monísimo.

D. PEPI. ¿Has creído también que he hablado en broma?

D. SIF. Mira, lo que te digo es que vamos a explicarnos seriamente y sin perder momento.

D. PEPI. ¿Seriamente?

D. SIF. Seriamente.

D. PEPI. Habla, habla... (*Breve pausa. Sufre don Sifón en realidad, porque quisiera y no quisiera expresarse. Al fin, dice:*)

D. SIF. Seriamente.

D. PEPI. Bien, chico; pero dí ya... (*Otra ligera pausa.*)

D. SIF. Seriamente, Pepito... (*Este ríe.*) No rías, no, que hablo en serio.

D. PEPI. Pocas veces te he visto tan bromista.

D. SIF. ¡Bromista, y, si pudiera, te haría pedazos!

D. PEPI. No te entiendo.

D. SIF. Pues haz por entenderme... El caso...; eso es; el caso no es para que lo tomemos a chufla ninguno de los dos.

D. PEPI. ¿Pero es que ocurre algo?... Si es contra mí, te

suplico que digas lo que sea sin miedo a nada. No espero nada bueno desde que he vuelto a ser feliz.

D. SIF. ¿Y si fuera al revés?

D. PEPI. ¿Es contra ti? ¿Ha podido ocurrirte algo? Dímelo, chico. ¿Podría yo remediarlo?

D. SIF. Quiza... si te murieses.

D. PEPI. ¡Ja, ja, ja! Decididamente estás de humor. Lo celebro por ti.

D. SIF. (*Levantándose.*) ¡Inaudito! (*Entra Filomena con una bandeja con dos o tres botellas diferentes y varias copas.*)

FILO. ¿Como? ¿Se va el señor?

D. SIF. ¿Es que los prisioneros, forzosamente han de estar sentados?

FILO. ¡Dios me valga! El señor está malhumorado.

D. PEPI. ¡No, Filomena, no; es todo lo contrario! (*Pasea don Sifón. Filomena acerca una mesita adonde está Pepe.*)

FILO. Me consta que mi señorita se desvive por agradar a usted.

D. SIF. Es que yo, Filomena, no me paro en barras por corresponder equitativamente.

FILO. También lo sé... ¿Hizo usted ya?...

D. SIF. (*Sentándose.*) ¿Cómo?

FILO. ¿Que si ya...?

D. SIF. ¿Le ha dicho ella?

FILO. ¡Calle, por Dios! La señorita no dice nunca nada. ¡Buena es! Lo que hace es negar a cuanto le pregunto, que no es poco; porque como ya conozco el valor de sus negativas, resulta que me entero de todo. Figúrese, señor; son doce años a su lado, y una que no es tonta y ella que hace lista a la más pánfila, pues... eso; que no necesita una más de cuatro cosas para enterarse de ocho. Por ejemplo: sin querer ella he sabido que usted... (*Tose don Sifón.*) Soy discreta. (*Mostrando la botella.*) ¿Qué le sirvo, señor? Al señorito sé lo que le gusta. ¿No es el coñac?

D. SIF. A mí, a mí también.

FILO. (*Sirve a los dos. Dentro se siente un timbre.*) Ya

se impacienta mi señorita. Me lo ha dicho: "no te pongas pesada, que los señoritos han de hablar." Sobre todo, a ella le gustaría que fuese usted (*Don Sifón tose.*) el que hablase. ¿El señor ha hablado mucho, señorito?

D. PEPI. Poco y demasiado seriamente.

FILO. Pues... (*Vuelve a toser don Sifón.*) Soy discreta, señor. Iba a ponerme de su parte, para decirle al señorito que es así, muy seriamente, como hay que ventilar todo aquello que es serio. Yo me parezco en esto a mi señorita. ¿Que quiero o me propongo algo? Pues con alma y vida.

D. SIF. ¿Pero tú...; sabes tú lo que es eso?

FILO. Naturalmente. ¿Es que no tengo edad para haber querido? Tuve uno a quien adoré y me hizo una trastada inolvidable. Me consta que me abandonó sin desearlo. ¡Cómo se miraba en su señora!

D. SIF. ¡Caray! Mucho se miraría en ti; pero el granuja te dejó.

FILO. (*Triste.*) Señor... ¿quién puede nada contra la muerte? (*Ríe Pepito.*)

D. SIF. ¡Acabáramos!

FILO. Señor, me consta: me dejó viuda a disgusto suyo.

D. SIF. Ya, ya... (*Suena de nuevo y con insistencia el timbre.*)

FILO. ¡Jesús! Esa llamada es rabiosilla. Ya les diré otra vez a ustedes... ¡Ah! Señor, ¿le digo algo a la señorita?

D. SIF. Nada, nada. No tengo prisa.

FILO. Beban lo que gusten. (*Mutis. Ríen ellos.*)

D. SIF. Es muy simpática esta mujer.

D. PEPI. Mucho. (*Ligera pausa.*)

D. SIF. Pues bien... (*Otra pausa igual.*)

D. PEPI. Bebe, a ver si te animas.

D. SIF. Dices bien. (*Beben.*)

D. PEPI. Desahógate.

D. SIF. ¿Cómo?

D. PEPI. Que hables, sin más rodeos. He comprendido que tienes algo que decirme.

D. SIF. Es eso... eso mismo, Pepito, eso...

D. PEPI. ¿De qué se trata?... Aclara, chico. Estamos solos. La actitud que adoptes ha de parecerme bien.

D. SIF. Tu bondad me desarma. Verás... Ante todo, te advierto que se trata de un asunto delicado; más aún: escabrosísimo. A ti te consta... lo mucho que me gusta Estrellita Reyes.

D. PEPI. ¿Quién lo ignora?

D. SIF. Pues verás... Estrellita... Estrellita es mi hija.

D. PEPI. (*Levantándose.*) ¡Estás lóco!

D. SIF. Calma. Sientate... Ella misma me ha convencido; mejor dicho, para sosiego tuyo: ni me ha convencido ni puede convencerme. No es ni prima mía en quinto grado, que es el que se presta a combinaciones menos complicadas. Pero, es el caso, que Estrella me ha asegurado hoy que es mi hija.

D. PEPI. Te lo habrá dicho...

D. SIF. Para darme—sin declarar que no me estima—unas hermosas calabazas.

D. PEPI. ¿Te ha dado calabazas?

D. SIF. No te hagas el bobo, que me indignas. Me ha dado calabazas como te digo: diciéndome que me idolatra como a un padre.

D. PEPI. ¡Ja, ja, ja! Perdona. Es que me parece extraordinario.

D. SIF. ¿Sí, eh? Pues asómbrate y ata esta mosca: me ha dado calabazas, pero está enamoradísima como una tonta, chico. (*Suspira.*)

D. PEPI. Si es así...

D. SIF. Está enamoradísima... de otro.

D. PEPI. ¿De otro?

D. SIF. ¿Te escuece, picarón?

D. PEPI. Me extraña, que no es lo mismo. Conozco actualmente todas sus amistades y no he observado preferencias; la que tiene contigo nada más.

D. SIF. ¿Y... con Pepito?

D. PEPI. ¡Bah! No desbarres. La que tiene conmigo es la que se suele tener con el dependiente que nos

parece grato y leal. (*Don Sifón, repentinamente, hace el sifón.*)

D. SIF. ¡Ay! Por tal de que fuese así te nombraría hasta heredero mío. ¿Crees tú, teniendo en cuenta lo que Estrella me gusta, que te hablaría del asunto, si no fuese verdad? Pero lo sé por ella misma.

D. PEPI. ¿Es cierto que ella te ha dicho?

D. SIF. No ha empleado otra razón para destruir mis ilusiones. "Papá, te quiero mucho... mucho..., pero mi amado... es Pepe." ¿No es para desearte que te mueras?

D. PEPI. (*Emocionado.*) Escúchame... (*Acercándose más y bajando la voz.*) Había observado ya que Estrella se inclinaba demasiado generosamente hacia mí; que había momentos que se olvidaba de sí misma, de cuanto tiene y es por halagarme...

D. SIF. ¿Te haces rogar entonces?

D. PEPI. ¡Qué disparate! Lo que hacía es rehuír; he rehuído la idea de que fuese verdad lo que veían mis ojos. Y deseo creer y seguir creyendo que todo lo que veo no es otra cosa, por parte de ella, que un deseo bienhechor de protegerme. Porque su amor, sabiendo como sé que eso sería como glorificarme, haría las veces de algo definitivamente doloroso.

D. SIF. (*Emocionado.*) Pepito...

D. PEPI. Como oyes. Temo... hasta que acabaría con mi existencia.

D. SIF. Estás loco.

D. PEPI. Me resisto a creer; no quiero que sea como parece.

D. SIF. Como es.

D. PEPI. No, no... Por otro lado... yo, cobarde, frágil, o sencillamente seducido, tengo también momentos en que pienso... que Estrella me enloquece; que todo lo que hago, como pago a sus hechos, no es gratitud, sino... (*Levantándose.*) ¡Me horroriza la idea! ¡No quiero que sea lo que parece! ¡No quiero! ¡No será!... (*Se presenta Estrella y se detiene, algo asustada, ante la exaltación*

de don Pepito. Este, aun sin quererlo, quedó anonadado; pero haciendo esfuerzos por animarse. Don Sifón, que estaría triste, también se esfuerza por adquirir ánimos. Ligera pausa.)

ESTRE. ¿Reñían ustedes?

D. SIF. Este chico, que...

D. PEPI. ¿Qué vas a decir? (*Sonriente.*) ¿Reñíamos acaso?

D. SIF. (*Levantándose.*) No. Pero no me negarás que has dado motivos para ello.

D. PEPI. Oiga, Estrella, hoy está don Sifón desconocido.

ESTRE. Está contento, que no es poco, para satisfacción nuestra.

D. SIF. Gracias, encanto.

ESTRE. Sin embargo, don Sifón, hay que ser piadoso. Fíjese en que violenta usted a Pepe con sus palabras...

D. PEPI. No; ¿por qué?

D. SIF. El mismo comprende que ya no está en edad de ruborizarse.

ESTRE. No importa. Hay cosas... que no distinguen edades.

D. SIF. Como quieras. Pero era poco lo que quería decir; sencillamente, discutir con Pepito en presencia tuya y conseguir de él ciertas declaraciones íntimas.

ESTRE. ¡Por Dios, don Sifón! Declaraciones de esa índole, no se hacen siempre delante de cualquiera; cuando estén solos... Vaya, señores. Una copita.

D. PEPI. Bien, yo estoy dispuesto a todo.

D. SIF. No es verdad. Yo sí que hago y haré lo que tú mandes. ¿Qué sería mi cariño si no fuese dulzura para ti? Por algo lo eres todo: mi ayer, mi hoy y mi mañana.

ESTRE. ¡Cuidado! Eso estaría bien que lo dijese usted delante de los demás amigos, porque reímos sabiendo que imaginan lo que no es; pero... en presencia de Pepe, que está al tanto de todo, no es prudente. Yo de usted, don Sifón, no soy más que su hija.

D. SIF. (*A Pepe.*) ¿Lo ves?
D. PEPI. No sé a qué te refieres.
D. SIF. (*Levantándose.*) ¡Para un infanticidio!
ESTRE. (*Luego de reír preocupada.*) Siéntese... Como le decía, don Sifón: Pepe lo sabe todo; debe... saberlo todo.
D. SIF. Te equivocas, hija; no quiere saber nada.
D. PEPI. ¡Otra... imprudencia soberana! Menos mal que a Estrella le consta que le soy leal y que no le descuido nada de lo que me confía. (*Contraría a Estrella.*)
ESTRE. Ya lo sé, Pepe. (*Sin saber qué decir.*) ¿Otra copita?
D. PEPI. No, no; no bebo más.
D. SIF. Yo, tampoco, Estrellita. Gracias.
ESTRE. Si es que desean tomarla fuera de casa...
D. PEPI. ¡Por Dios!
ESTRE. Lo digo porque pienso que abuso de la amistad de ustedes. Antes y a estas horas, según tengo entendido, tenían por costumbre irse de bulla.
D. PEPI. Es verdad que teníamos por costumbre irnos de bulla, como dice usted, y casi siempre a instancia mía; pero yo, por lo menos, dejé de ir desde que usted, Estrella, me dió el cargo que tengo y para nada echo de menos lo abandonado. Es la mejor prueba de que me siento complacido, alegre con mi vida actual. Le ruego, Estrella, que me crea.
ESTRE. Siempre he creído a usted... (*Se miran. Ligera pausa.*)
D. SIF. (*Levantándose.*) Yo no estoy en vuestro caso.
ESTRE. ¿Cómo? Siéntese ahora mismo. ¡Estaría bueno!
D. SIF. ¿No es la hora de estudiar?
ESTRE. ¿Y qué? No me encuentro con ganas de preocuparme del trabajo; pero aunque fuese así, no estorbaría usted. ¿Le he invitado a que me acompañe para eso?
D. SIF. Me has invitado a... a acompañarte un rato y he satisfecho ya tu... gentileza.
ESTRE. (*De pie.*) ¡Ah, sí!...

D. SIF. Naturalmente. Ahora, que... (*Pepito se levanta nervioso, atrayendo la atención de los otros.*)

ESTRE. Pepe, ¿le pasa algo?

D. PEPI. (*Disimulando.*) Nada, nada. Continúen, continúen ustedes.

D. SIF. Yo lo he dicho todo.

ESTRE. ¡Pues y yo!... Don Sifón, por mí no se detenga un momento más. Usted..., Pepe, haga, asimismo, lo que guste. He cambiado de propósito y no pienso estudiar. Mañana..., ¿no le parece?

D. PEPI. Como usted diga. Pero si lo hace usted por darme libertad, creyendo que estoy aquí a disgusto, le ruego...

ESTRE. No ruegue más... Dígame, don Sifón, que esto me interesa: ¿se marcha usted satisfecho?

D. SIF. Francamente, mentiría si te dijese que sí. (*Disgusta a Estrella.*)

D. PEPI. ¡Qué... insensatez!

D. SIF. Es que me gustaría no separarme de su lado.

ESTRE. (*Contenta.*) ¡Ah! No supuse al principio que iría usted a dedicarme una galantería; más bien creí que se iba... enojado.

D. SIF. Soy resignado. Hay que tener resignación y esperar a que tú, para alegría de todos, seas más afortunada. (*Pepito, por señas y sin ser visto de Estrella, insulta a don Sifón.*)

ESTRE. (*Despectiva.*) ¿Conque yo?... Lo dudo.

D. SIF. (*Suplicante.*) ¿Hija, sabes lo que te dices?

ESTRE. (*Transición.*) ¡Ja, ja, ja! Bromeaba. Y Pepe debe acompañarle. (*Haciendo sonar un timbre. A Pepe.*) ¿Se irá usted a descansar?

D. PEPI. No lo necesito, y menos si se proponía usted estudiar. Sabe usted que me encanta.

ESTRE. Bien poca cosa le encanta a usted.

D. PEPI. Para mí es mucho. Contra lo que usted suponga, me cautiva este trabajo íntimo, en el que ayudo con la menor parte, porque siempre he creído, viéndola interpretar en mi sola presencia, que no fingía usted. Aquí, en su casa, es donde yo disfruto sus cualidades excepcionales. Hay veces..., ¿por qué no he de decirlo?, que me en-

vanezco, porque pienso que su espontaneidad es otro halago que usted me brinda para vencer mis desalientos?

ESTRE. (*Emocionada.*) ¿Esa emoción le doy?...

D. PEPI. Esa... (*Entra, como despabilándose, Filomena, y aguarda.*)

D. SIF. (*Por Pepito.*) ¿Te quedas?

ESTRE. No... Mañana... Hoy no sabría hacer nada. Me ha puesto muy orgullosa. Filo, baja a abrirle la puerta a los señoritos. Don Sifón, buenas noches. Hasta... mañana, Pepe. (*Saliendo en grupo. Ríe Estrella. Mutis de todos. Pausa. Vuelve Estrella, y desde la puerta llama.*)

ESTRE. Filo... Amigos míos, un momentín. (*A Filo, que aparece.*) Procura llamar aparte... (*Simulando otras palabras desaparece con Filomena, apareciendo sola, en actitud de satisfacción.*)

FILO. A las mil maravillas.

ESTRE. ¿Volverá?

FILO. Apenas se separe del señor, que será muy pronto.

ESTRE. ¿El te ha dicho?...

FILO. Lo de la prontitud es cosa suya. El señorito se da cuenta de que el estudio de esta noche tiene sello de urgencia.

ESTRE. (*Revolviendo papeles en un mueble.*) ¡Ja, ja, ja! Anda, anda. Vete para dentro y no me esperes más. Acuéstate.

FILO. Estoy durmiendo desde las diez.

ESTRE. En un butacón. Métete ya en la cama.

FILO. No se preocupe, señorita.

ESTRE. Está bien. De todos modos te saldrías con la tuya.

FILO. ¿No aguardo siempre a que se acueste usted?

ESTRE. Pero esta noche no tengo sueño.

FILO. ¿Va a estudiar mucho?

ESTRE. Es claro. (*Pausa. Estrella continúa revolviendo papeles. Filomena acerca una mesita a un diván, enciende sobre la mesita una lámpara. Estrella, por esto, dice:*) ¿Qué haces?

FILO. ¡Ah! ¿Pero busca usted algo? (*Enciende de nuevo.*)

ESTRE. Naturalmente. Ya... Apaga ahora si quieres... (*Apaga Filomena. Estrella se sienta para leer.*)

FILO. ¿Quiere algo más la señorita?

ESTRE. No.

FILO. (*Retirándose sin querer.*) Lo esperaba... ¿Qué iba a querer de mí? (*Desde la puerta.*) Buena suerte.

ESTRE. (*Luego de reír.*) ¿Qué dices, Filo?

FILO. (*Acercándose.*) Señorita, que le pido a Dios que no... la desampare.

ESTRE. Te lo agradezco. Pero ¿por qué le pides buena suerte para mí? ¿Qué es lo que piensas?

FILO. Pienso que... vive usted pendiente de ese hombre. ¿No se da usted cuenta? Luisa y yo, que alabamos al señorito; que le cogemos entre lenguas y no paramos, porque el muy...—lo que usted quiera llamarle—se gana todas las voluntades, sentimos rabia al mismo tiempo contra él, no comprendiendo su actitud. Porque le vemos ciego, señorita. ¿Qué querrá?—nos preguntamos atontadas—. ¿Es que no quiere ver lo que la señorita le demuestra? ¿Qué espera? ¿Por qué no se declara? ¿Puede encontrar otra mujer que valgo más que usted que se enamore de él tan locamente?

ESTRE. (*Acongojada.*) Sí.

FILO. O el señorito es tonto, o...

ESTRE. ¡Qué ha de ser!... (*Ligera pausa.*)

FILO. ¿Y no confía la señorita?...

ESTRE. (*Alegre.*) Eso, sí...; confío... ¡Me querrá!

FILO. Dios lo haga. (*Pausa. Estrella se abstrae. Filomena quiere hablar, pero respeta el silencio de la señorita e inicia el mutis. Al ir a desaparecer suena dentro un timbre y se alegran las dos. Estrella se levanta; Filomena retrocede para hacer mutis por lateral.*) Voy, señorita; voy... (*Pausa, que Estrella procura aprovechar para reanimarse. Avanza como para recibir a Pepito, que entra resuelto, seguido de Filomena. Pepito*

está nervioso, y su principal afán es disimularlo.)

D. PEPI. De vuelta. He tardado, ¿no? Es que he pasado mil apuros para lograr separarme de ese calaverote.

ESTRE. ¡Ja, ja, ja! ¿Y es usted quien le llama al pobre don Sifón calaverote?

D. PEPI. Pues es verdad... ¡Gran cosa es ésta de que nadie quiere reconocer sus faltas antes que las ajenas! Y es que yo, para reconocerlas como propias, habría de retroceder, tendría que recordar. Soy otro, Estrella; soy otro por usted.

ESTRE. Silencio...

D. PEPI. Tiene razón; no es oportuno hablar ahora... *(Acudiendo a la mesita, donde Estrella dejara el cuaderno en el que intentó leer.)* El deber ante todo.

FILO. *(Dentro, interrumpiendo.)* ¿Se puede?

ESTRE. *(Contrariada.)* ¿Qué deseas, Filo?

FILO. *(Entrando.)* Perdón, señorita. *(Por el servicio de botellas y copas.)* ¿Necesitan ustedes?...

ESTRE. Pepe, a usted le preguntan.

D. PEPI. ¿Qué?... No, no. Gracias, Filomena. *(Filomena, dándose prisa, porque la insta a ello Estrella, recoge el servicio y hace mutis, pero diciendo aparte con malicia:)*

FILO. Quien quita la ocasión... *(Breve pausa.)*

D. PEPI. *(Con el cuaderno en la mano.)* ¿Ve usted cómo quería estudiar?

ESTRE. Se equivoca.

D. PEPI. *(Por el cuaderno.)* Las señas son mortales.

ESTRE. Cierto; eso indica plan de estudio, pero no significa que antes tuviese ya el propósito de trabajar. He accedido a ello, exclusivamente por usted. Me pareció advertir que se marchaba contrariado, porque le despedía sin haber hecho nada, y volví de mi acuerdo. *(Ríe Pepito.)*

D. PEPI. Aunque usted no quisiera es usted deliciosa.

ESTRE. *(Alegre.)* ¿Deli...? *(Se reprime.)* El requiebro es halagador, pero... no se lo agradezco. Lo ha dicho usted como quien dice "adiós" a un cono-

cido, que no pasa de tal: por... descubrir su educación. (*Remedando.*) "Es usted deliciosa". No, no. Requiebros como ése no dan ni frío.

). PEPI. ¿Qué le importa el modo de expresión cuando se trata de hacer justicia?

ESTRE. Importa mucho el modo de expresión, la palabra que se elige y como se dice. ¿Qué le halaga a usted más: oírse llamar (*Con frialdad.*) don Pepito, como le llaman todos, o (*Con fervor.*) Pepe...? (*Breve pausa.*)

). PEPI. (*Apesadumbrado.*) Ahora caigo, Estrella, en que no he sabido reconocer esa distinción. Me oía llamar Pepe, por usted nada más, y creí que era comodidad.

ESTRE. (*Acongojada súbitamente.*) Como... didad... (*Se aparta, acercándose al balcón, desde el que mira hacia la calle sin objeto. Pepe se esfuerza por esconder su sufrimiento. Pausa.*)

D. PEPI. (*Hojeando el cuaderno, por no mirar a Estrella.*) Verdaderamente, Estrella, se necesita la excesiva bondad de usted para oír de mis labios tamaña grosería y perdonar... ¡No le sé agradecer cuanto hace usted por mí!

ESTRE. (*Sin volver la cara.*) Descuide...; gratitud le sobra.

D. PEPI. Imposible... ¡Cómo podría pagar!... (*Lo mira Estrella, acercándose lentamente.*) De ningún modo. Mi inutilidad es humillante... (*Por otra mirada de ella.*) Pero confío en corregirme, hasta que usted pueda decir: "Eres un hombre agradecido."

ESTRE. (*Con alegría y cerca de él.*) ¿Así..., diciendo "eres"?

D. PEPI. (*Desviándose de la pasión de ella.*) Naturalmente. Si no emplea ya ese tono es porque no querrá. Autoridad le sobra. ¿No trata así—y ellas tan satisfechas—a sus criadas?

ESTRE. (*Secamente, pero reprimiendo una respuesta peor.*) Bien... (*Pausa. Pepe se hace el distraído. Ella lo mira con ira y ternura.*)

D. PEPI. (*Ríe como si leyese.*) Este monólogo que tene-

mos ahora en estudio es el que más gracia me hace. ¡Qué ingenios hay!... (*Se aparta Estrella.*) Pero vea usted: hasta en esto demuestro que soy hombre perdido. Este monólogo es una bufonada, pero a mí me hace gracia. Irremisiblemente he extraviado el gusto, la sensibilidad. . ¡Si tendrá usted creaciones a cual más seductora! Pues estoy deseando ver qué hace usted de este monólogo... ¿Empezamos?...

ESTRE. (*Acercándose.*) No.

D. PEPI. ¿Tiene usted sueño? Es muy tarde.

ESTRE. Sí...

D. PEPI. Pues nada... (*Deja el cuaderno.*) ¿Se retira usted a descansar?

ESTRE. No... (*Sentándose en el diván.*) Pero no se preocupe, si quiere irse.

D. PEPI. Ni quiero, ni dejo de querer: lo que usted mande.

ESTRE. No... es mandar lo que deseo. (*Breve pausa.*) ¿Se va... o se sienta? (*Indicándole el diván.*)

D. PEPI. (*Sentándose.*) Gracias.

ESTRE. Pepe..., ¿le pasa algo esta noche?

D. PEPI. ¿A mí?

ESTRE. Lo encuentro algo extraño esta noche ...Ha vuelto usted como dispuesto a sostener una batalla incomprensible; una lucha en la que desea la victoria, fingiéndose derrotado, antes de comenzar.

D. PEPI. ¿Una batalla dice?... No entiendo.

ESTRE. Por poco me tenía; pero no por tan poco que no merezca una confesión de usted.

D. PEPI. ¿Se trata de eso? Ya puede usted pedir. Diga qué clase de confesión es la que desea... ¿Episodios de mi pasado?

ESTRE. No es, precisamente, su pasado lo que me interesa en este instante.

D. PEPI. Entonces...

ESTRE. ¿Me promete por lo que usted más quiera...?

D. PEPI. Por usted.

ESTRE. ¿Va usted a responder, con toda sinceridad, a una pregunta mía?

D. PEPI. Abriéndola mi pecho.

ESTRE. Pues... (*Vacila.*) Nos hemos puesto a hablar, y si pensaba usted irse pronto...

D. PEPI. Pregunte, sin preocuparse de otra cosa. Estoy en la gloria.

ESTRE. Eso me alegra. Quiero verle animado, optimista. Me horrorizan sus frases de desaliento... Usted, naturalmente, tendrá proyectos íntimos, no pensará vivir toda su vida como ahora...: solo..., sin un cariño. Y tendrá su ideal. Si es así, como yo supongo, ¿qué clase de mujer le haría feliz?...

D. PEPI. Tardo en hablar, porque, hoy por hoy, no pienso en nada de lo que usted ha dicho, y menos para responder a su pregunta. Sin embargo, Estrella, esto no quiere decir que eluda la respuesta. La quiero complacer... ¿Qué clase de mujer me haría feliz?

ESTRE. ¿No piensa usted en ninguna?

D. PEPI. Actualmente, no... No frunza el ceño sin acabar de oírme... Si pensara en alguna el día de mañana, me gustaría encontrar... una mujer... Puede que le parezca broma. Mi idea es disparatada—ya lo sé—, y, sin embargo, quisiera moldearla. Desearía, si encuentro la mujer que me domine, que ésta fuera sencillamente odiosa para el mundo y encantadora para mí; que fuese horrible, y a mí me pareciera seductora; que en vez de querer, diera zarpazos, pero que a mí me alucinara, para sentir por ella adoración. (*Exaltándose por la emoción.*) Que los demás, cuando la viesen, se apiadasen de mí, o que me despreciaran, y conseguir entonces disfrutar una dicha sin miedo a nada (*Angustiado.*), sin el temor que hoy me aniquila, haciéndome creer que hallo la gloria cada dos días, para perderla al día siguiente. ¡No quiero más crueldades del destino!... Me acobardaron ya... (*Amorosamente suplicante.*) Estrella, por usted y por mí..., no insista...

ESTRE. (*Como embriagada de alegría súbitamente.*) ¡Pepe...!

D. PEPI. Comprenda usted...

ESTRE. (*Sin hacerle caso.*) Mi pensamiento es más humano; es vivo, alegre.

D. PEPI. ¡Por Dios! Estrella...

ESTRE. Es confesión por confesión. ¿O es que se opone usted a conocer la mía?... (*Breve pausa, rehuyendo él una mirada fija de ella, amorosa.*) Yo tengo más suerte, bastante más que usted; y es porque, en vez de rechazarla, la deseo. No tengo que pensar si mi amor ha de ser de tal o cual manera. Siento ya lo que es, porque poseo las dulzuras mayores teniéndole presente. No me preocupa, como a usted, lo que mi amor le pueda parecer a los demás; sólo me preocupa lo que a mí me parece, y he de ser para él muy mujer, como soy. Haré por evitar que sea martirio en él la ansiedad egoísta de los hombres, esa ansiedad horrible que los tira de casa con la ambición de variaciones que no encuentran en ella. Yo haré que no sea así. Me cuidaré, de modo extraño, para él; procuraré no ser la misma cada día. Su fe, sus gustos, sus inquietudes, tendrán satisfacción en mi cariño. Si él tiene males, los sentiría yo tan hondamente, que habría de pedir la cura para mí. Y cuando ría, porque viva encantado, le ayudaré a reír sin una súplica en mi favor. Mi recompensa es que me quiera. Toda, de él y por él... (*Ahogada.*), porque lo quiero para siempre. (*El la coge las manos y se levantan tocados de exaltación amorosa, la cual, en Pepito, durante una pausa, decae y se transforma en amargura. Se aparta y ella queda abrumada.*)

D. PEPI. (*Sobreponiéndose a su estado y atrayendo a Estrella con su voz.*) Es demasiado..., Estrella...; yo no he nacido ni para ser, ni para hacer feliz a nadie. Es necesario que entienda usted, para huir del infierno. Yo adoro a usted... ¡Te adoro! Pero... Escúchame. Tú eres valiente.

ESTRE. Y tú. No te atormentes más.

D. PEPI. Ya es por ti por quien temo.

ESTRE. Por nadie. No hay motivo. No habrás de tes-

pirar sin que tu aliento sea alegría, que tu mujer sabrá inspirarte.

D. PEPI. ¡Siento que el mal que ha de venirme, por la dicha que me ofreces, ha de ser horroroso!

ESTRE. ¡Loco! ¿En qué opinión me tienes?

D. PEPI. No digo eso, que de ti nada temo. La desventura ha de venir y vendrá de otro sitio; no sé de cuál, pero vendría. Y lo peor es que tú sufrirías mi desgracia.

ESTRE. ¡Me impondría a ella, si era para salvarte! ¡Estás alucinado!

D. PEPI. Pero a tu lado, y a medida que la felicidad fuese creciendo, mi obcecación aumentaría. ¿Serían tus horas, horas de vida? ¿No sería mi pecado lo que te hiciese desdichada?

ESTRE. ¡Nunca!

D. PEPI. Te quiero más rogándote el olvido... (*Se aparta.*) Nunca me viste... Me iré..., me iré... (*Le ahoga la angustia.*)

ESTRE. (*Sin poder hablar, cae en el diván sentada. Inclinada en el diván, con la cabeza sobre los brazos, desbordada en llanto. No observará los movimientos de Pepito. Este fuera de sí, desesperado a veces y como agonizante otras, tiene momentos en que no sabe hacer ni discurrir. Como sin darse cuenta de ello, se acerca a Estrella, la contempla sufriendo, se transfigura y se inclina, cayendo de rodillas, para decirle al oído con alegría infinita:*)

D. PEPI. Hasta... mañana.

ESTRE. (*Súbitamente, cogiendo la cabeza de Pepe, a la par que se levanta.*) ¿De veras? (*Se miran un momento.*)

D. PEPI. Me vences.

ESTRE. ¡Triunfas! (*Se enlazan con un beso... El autor no indica más.*)

TELON

EL TEATRO MODERNO

EJEMPLAR: 50 CÉNTIMOS

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Hispano-América		Otros países	
Año.....	Pesetas 24	Año.....	Pesetas 40
Semestre....	» 12	Semestre....	» 24
Trimestre...	» 6	Trimestre...	» 12

PAGO ANTICIPADO

LOS NÚMEROS ATRASADOS SE VENDEN AL MISMO PRECIO QUE LOS CORRIENTES

CONDICIONES DE VENTA

Los pedidos deberán venir acompañados de su importe; y los del Extranjero, salvo Portugal y América y sus posesiones, del 10 por 100, además para gastos de envío.

Los pagos se efectuarán por giro postal, en cheque a la vista sobre cualquier Banco de Madrid, en sobre remedero de valores declarados, contra reembolso donde se haya establecido este servicio o en sellos de Correos cuando el importe neto no exceda de diez pesetas.

PRENSA MODERNA

AGUILERA, 58 MADRID APARTADO 7012

Imp. Artística Sáez Hermanos.
Norte, 21. Teléf. 16244. Madrid.